

## AGRADECIMIENTOS

Al ser nombrado el doctor Hira de Gortari Rabiela director del Instituto Mora, su mensaje para los investigadores fue claro: la prioridad era la superación académica. Como resultado de lo anterior los licenciados y maestros de entonces llegaríamos a convertirnos en doctores. Sería muy largo mencionar todos los estímulos académicos que hemos recibido en el Instituto Mora en los últimos años, pero quisiera destacar la presencia de un numeroso contingente de profesores visitantes que no se limitaron a dictar sus conferencias sino que convivieron informalmente con nosotros, para establecer un diálogo más rico. Entre ellos no puedo dejar de nombrar al galo Patrice Bourdelais, hombre de superior inteligencia e historiador notabilísimo, que ha hecho aportaciones verdaderamente originales a nuestra ciencia. La presencia de estos eminentes profesores nos ha servido como punto de referencia de la calidad a la que debemos aspirar si queremos que en el mundo siga sonando la fama de México. Por ello quisiera, en primer lugar, expresar mi gratitud al Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y a su actual director, el doctor Hira de Gortari Rabiela, cuyo apoyo fue decisivo para la realización de esta tesis.

Con todo el personal del Instituto Mora estoy de veras muy agradecido. El equipo de nuestra biblioteca merece una mención especial pues la coordinadora a cargo de ella, la maestra Ana Buriano, se afana siempre en facilitarnos el trabajo de investigación; lo mismo vale para Carlos Arellano Osorio y los demás compañeros a cargo del servicio al público.

Agradezco a la maestra Regina Hernández Franyuti, encargada de la Secretaría Académica del Instituto Mora, por haberme apoyado en todo momento y por hacer posible que yo dedicara mi tiempo completo a escribir esta tesis. También debo mencionar al maestro Carlos Contreras Cruz, predecesor de la maestra Hernández Franyuti, para expresarle mi gratitud.

La doctora Nicole Giron fue lectora y sinodal de esta tesis y con ella tengo una gratitud muy especial. Al estar yo adscrito al proyecto de investigación que ella coordina en el Instituto Mora, hemos tenido un estrecho contacto y el diálogo ha sido incesante y provechoso para mí. Con la doctora Giron me ha ocurrido lo que debe suceder con los mejores maestros: me he empapado tanto de sus ideas, de su doctrina, que ya no sé decir cuando una idea es mía o cuando, una vez más, repito lo que ella ya ha dicho antes. Pero me inclino a creer que las ideas son de ella pues las sugerencias que hizo al corregir esta tesis, producto de una lectura muy meticulosa, ayudaron mucho para aclarar pasajes oscuros y fortalecieron los argumentos de mi tesis.

En la biografía que escribí de Vicente Riva Palacio comencé -como era debido- agradeciendo la amable colaboración de todo el personal de la Benson Library de la Universidad de Texas en Austin (en donde puede consultarse el archivo personal de Riva y el de su padre), todo lo cual suscribo nuevamente para reiterar mi gratitud. Y también reitero a doña Jeanne M. Dabbs, quien fuera esposa de Jack Autrey Dabbs, la expresión de mi más sincera gratitud. El capitán Dabbs es autor de la guía del archivo de Mariano Riva Palacio y sólo le faltó terminar el índice de la guía del archivo de Vicente Riva Palacio; esta última quedó inédita. Durante mi estancia en Austin conocí a la señora Dabbs y ella tuvo la gentileza de permitirme consultar la guía inédita de Vicente Riva

Palacio, gracias a lo cual pude realizar en tres meses el trabajo que de otro modo me habría tomado varios años. Ojalá viviera don Jack Autrey Dabbs para que pudiera comprobar que los diez años de trabajo que invirtió en la guía de Vicente Riva Palacio comienzan a rendir frutos en México. También estoy muy agradecido con la señora Dabbs por permitirme fotocopiar la guía inédita, poco más de 4,000 cuartillas, la cual puede consultarse en la biblioteca del Instituto Mora.

Cursar el doctorado en historia en la Universidad Iberoamericana fue una experiencia muy enriquecedora. La orientación de los cursos, especialmente fuertes en las áreas de teoría de la historia e historia de la historiografía, resultó muy adecuada a mis intereses y al tema de mi tesis. Entre los maestros que tuve en el doctorado, excelentes todos ellos, debo hacer especial mención del maestro Alfonso Mendiola y del doctor Guillermo Zermeño, ambos fundadores de la revista Historia y Grafía. Mendiola tiene una especial habilidad para hacer comprensible el críptico lenguaje de muchos autores de nuestro tiempo y su libro sobre Bernal Díaz del Castillo me parece verdaderamente demoledor. El doctor Zermeño, a la vez que modelo de caballerosidad, es de esos raros historiadores que de veras les gusta leer; en consecuencia en sus cursos se aprende lo que se está publicando hoy en Berlín y no lo que estaba de moda hace veinte años. Tiene además la capacidad de hacer ese análisis fino de la teoría que da la clave del sentido de los postulados más evidentes, además de que tiene una fibra humanística que hace honor a nuestra profesión. Por todo ello me siento en deuda con estos maestros.

La doctora Jane-Dale Lloyd, profesora e investigadora de la Universidad Iberoamericana, fue lectora y sinodal de esta tesis. Ella aceptó esta responsabilidad a pesar de que tenía una fuerte carga de trabajo, especialmente de tesis que debía leer, y

tuvo la gentileza de revisar mi texto de manera muy cumplida. Estoy muy agradecido con la doctora Lloyd pues esta tesis mejoró mucho gracias a sus sugerencias que yo me esmeré en satisfacer en todos los casos, pues a mi edad uno conoce mejor sus limitaciones y está más dispuesto a aprender.

Me resulta difícil darle las gracias debidamente al director de esta tesis, el doctor Álvaro Matute Aguirre, pues desde febrero de 1974, en que inicié los cursos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, él ha sido mi maestro más constante y el que mayor influjo ha tenido en mí. Tener como maestro a Álvaro Matute y estudiar su obra me ha permitido enlazarme con la tradición historiográfica de los maestros de don Álvaro, entre los cuales destacan Juan A. Ortega y Medina y Edmundo O'Gorman. Todos ellos han cultivado la historia de la historiografía y esta tesis debe considerarse en buena medida un resultado más de sus investigaciones. En los años recientes fue de gran utilidad para mí participar en el Seminario de Historiografía que dirige el doctor Matute, donde pude conocer y admirar la obra de los historicistas alemanes y de Benedetto Croce. Como se verá a lo largo de esta tesis, los escritos de Álvaro Matute son fundamentales para mi trabajo y le doy el debido crédito siempre que puedo; pero tengo fundadas sospechas de que es mucho más lo que tomo de él. Decía Riva Palacio: el que viene de un incendio huele a humo pero él no lo siente; así me sucede a mí: ya no sé distinguir si tal idea se la robé a mi maestro en el Seminario, si la tomé de una de sus publicaciones o si se la arrebaté en la conversación. Yo le pido al doctor Matute que disimule el que lo haya yo saqueado y declaro aquí que esta tesis, en lo que sí vale, es obra suya, pero me he visto precisado a firmarla yo para llevar el sustento a mi familia.

Debo a la maestra Leticia Algaba, la estudiosa de Riva Palacio, que gracias a su influencia pude ingresar en el Seminario de Crítica Literaria que dirige el doctor Jorge Ruedas de la Serna, en la propia Facultad de Filosofía y Letras. Aprender algo de literatura -que para mí fue mucho- ha sido de enorme utilidad para esta tesis, toda vez que Riva Palacio fue a un mismo tiempo literato e historiador. También me aportó una perspectiva más rica de nuestro siglo XIX y de quiénes escribían entonces la historia. Por añadidura Ruedas de la Serna hizo su doctorado con Antonio Candido, el célebre crítico brasileño, y nos aporta la rica tradición literaria de aquel país. Para colmo fue un gran lujo el que hiciera traer como profesores invitados del Seminario a Joao Alexandre Barbosa, a Marisa Lajolo, a Davi Arrigucci Jr. y a Antonio Arnoni Prado, eminentísimos maestros que no sólo saben la mar sino que tienen ese estilo de los brasileños, un poco echados para adelante, que tanto necesitamos en este mundo neocolonial.

En cuanto al contingente, cada vez más numeroso, de investigadores que ha publicado trabajos sobre Vicente Riva Palacio, y que estará siempre encabezado por doña Clementina Díaz y de Ovando, remito al interesado a la bibliografía donde encontrará la nómina completa de ellos. Es claro que sus trabajos me han sido de gran utilidad y a todos ellos quisiera expresarles mi gratitud. Sin embargo, como he tenido acceso al archivo particular de Vicente Riva Palacio, ésta será la fuente principal de este trabajo sumada, naturalmente, a los libros que publicó Riva y otros textos desconocidos que he hallado en su archivo. Sólo quisiera dar la despedida a Luis Mario Schneider, el compilador de la poesía completa de Riva, fallecido recientemente; el doctor Schneider seguirá viviendo en su obra y su conversación no se apagará nunca en el recuerdo de sus amigos.

Le agradezco cordialmente, y en forma muy especial, a don Fernando Tola de Habich el amigable interés que se tomó en que escribiera yo esta tesis; quienes hayan estado en la situación del tesista sabrán bien cuan importante es tener cerca a alguien que haga creer al candidato que alcanzará el éxito, pero que no se torne en una molesta imposición sino en una presión ligera, amigable, mas siempre constante.

Idéntica actitud fue la de mi padre, don Fernando, y la de mi hermana Leonor, quienes me apoyaron en todo momento. Y para terminar estos agradecimientos, escuetos pero sinceros, quisiera evocar la grata memoria del querido amigo de mi padre, don Edmundo O’Gorman, con quien compartí muchas rituales comidas y quien tuvo la gentileza de proporcionarme muchas buenas ideas para comprender mejor el México a través de los siglos.

A mi esposa Claudia, la joya de las Riva Palacio, y a mis hijos doña María y don José debo la alegría de vivir la cual, como todo el mundo sabe, es la llave de la sintaxis.

## INTRODUCCIÓN

Nos parece que el mayor significado que se puede obtener del estudio de la historia de la historiografía es reflexionar sobre el oficio del historiador, de ayer y hoy. Los trabajos realizados en este campo por Edmundo O’Gorman, Juan A. Ortega y Medina, Álvaro Matute, Carlos Pereyra, Guillermo Zermeño y Alfonso Mendiola por mencionar sólo a nuestros maestros directos, le han dado al campo de la historia de la historiografía una tercera dimensión, pues ha adquirido un relieve pleno de posibilidades. La filosofía, la historia, la lingüística, la antropología, la literatura y algo más han acudido a dar sentido a un oficio resbaladizo, que por principio se interesa en el cambio, la mutación, lo relativo, la contingencia, lo mismo que en la estabilidad y lo durable.

En historia, más que en otros campos, manejamos materiales y producimos textos fragmentarios. La incuria, el olvido y la voz estentórea del Estado nos dejan sólo trizas, huellas, vestigios. Pero esa nada que ha quedado en documentos y otros testimonios es de por sí un universo muy amplio, al punto que los grandes archivos miden sus acervos en kilómetros de estantería. Y luego viene el historiador y elige aquello que supone importante, pertinente, de interés actual o que puede ofrecer una nueva visión de algún aspecto social. Así, de manera no totalmente consciente, aquél construye -literalmente- su objeto de estudio y ya desde el primer diseño incluye una posible interpretación, cuando menos tentativa.

Incapaz de abarcarlo todo el historiador trata de hallar un fragmento significativo pero, al poner en valor la variada temática de la historia ocurre lo mismo que al considerar las diferentes formas de patriotismo, según la opinión conciliadora de Vicente

Riva Palacio: los diversos partidos políticos reflejan que ciertas personas piensan que por tales medios, mejor que por tales otros, se alcanzará la prosperidad pública, pero tanto unos como otros pueden ser auténticos patriotas. De este modo el poder explicativo de la historia política o la historia económica, al parecer, depende más de las habilidades del autor que del tema en sí. Es perfectamente legítimo defender las bondades del campo que se cultiva, pero no se debe llegar a descalificar a los demás.

Es claro, repetimos, que nuestro saber es fragmentario y que hacer de la muestra que estudiamos algo significativo depende más de la destreza del historiador, de la riqueza de conexiones y explicaciones que pueda construir, que de una escala de valores válida para cualquier tiempo y lugar. Nosotros hemos elegido como tema para esta tesis doctoral la obra historiográfica de Vicente Riva Palacio y, si bien no podríamos sostener que este tema sea más importante que otros, sí podemos explicar su pertinencia.

Vicente Riva Palacio formó parte del estrecho círculo de la élite (o mejor, la crema de la élite) que construyó el Estado<sup>1</sup> del siglo XIX mexicano. De buena familia, ocupó diversos cargos forenses, políticos y militares, pero además sabía expresarse, quiero decir que escribió mucho y de la mejor calidad que pueda hallarse aquí o en cualquier parte. El México a través de los siglos, su obra mayor, ha marcado hondamente

---

<sup>1</sup> A la vez el Estado en ciernes legitimaba las políticas de la élite. El Estado moderno -cuya ausencia tanto daño produjo al México decimonónico- se coloca necesariamente por encima de todas las demás instituciones de una sociedad y el desarrollo de su creciente poder va aparejado con la mengua del dominio de la Iglesia; este carácter monopólico fue tempranamente advertido y temido por los pensadores. Así Spencer se lamentaba: “Cada nueva reglamentación acarrea el nombramiento de nuevos funcionarios, un desarrollo mayor de la burocracia y el aumento de poder de los organismos administrativos.” Véase Herbert Spencer, El individuo contra el Estado (traducción de A. Gómez Pinilla), F. Sempere y Compañía, editores, Valencia, [1884], p.63.

nuestra cultura y bien vale la pena conocer tanto como sea posible esos gruesos volúmenes que siguen formando parte activa de nuestra idea de México.

En cuanto al enfoque de este trabajo seguimos a O’Gorman y a los demás maestros antes citados, en los siguientes términos. Nuestra primera preocupación es que la tesis esté, por así decirlo, “en foco”, es decir que el autor, la obra y la época sean realidades concretas, específicas del momento en cuestión y con vínculos concretos entre sí o, como decía O’Gorman (y también Riva Palacio) que estén iluminados con la luz que les es propia. Trataremos de lograr esto mediante una narración en la que relataremos lo que, a nuestro parecer, nos da una idea fidedigna de la época y de los actores, y cuidaremos tanto como nos sea posible no cometer anacronismos. Ya es hora de volver a relatar como sugería Ranke “lo que realmente pasó” (wie es eigentlich gewesen), jamás con la pretensión de perfecta exactitud o de magnificar el dato escueto para pretender que hable por sí, sino simplemente con el afán de buscar -hasta donde esto es posible- la verdad, y narrarla luego al lector con la mayor honradez. En todo caso el abuso que se ha hecho de una frase sacada fuera de su contexto (Ranke aludía a Walter Scott y a la historiografía romántica),<sup>2</sup> por quienes no simpatizaban con la historiografía alemana o quienes querían acabar con la historia de acontecimientos ha sido injusto con Ranke; se tomó una sola frase como blanco de sus dardos críticos y una idea vieja y honesta se

---

<sup>2</sup> Véase Hayden White, Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX (traducción de Stella Mastrangelo), Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 161. Es interesante que otro pensador notable, Arthur Danto, también reivindicó a Ranke cuyo único afán era acercarse a la verdad y no juzgar el pasado ni “[to] instruct the present for the benefit of future ages... (...) Ranke’s characterization, whatever its vagueness, and whatever implausible readings of it may have been given by unsympathetic critics, is an admirable characterization of what historians seek to do.” Wase Arthur C. Danto, Analytical Philosophy of History. Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 139-140.

convirtió en una caricatura. Entre muchos otros escritores honrados que han coincidido con Ranke podemos citar el dicho de nuestro Francisco Javier Clavijero, quien en la introducción a su obra dice sencillamente: “Me he propuesto como principal objeto la verdad”.<sup>3</sup> Sin desmedidas pretensiones y sin ingenuidades, nos proponemos interesarnos por la verdad, según lo manda una tradición milenaria. Lo que queremos decir exactamente es que nos afanaremos por buscar la verdad aunque la empresa sea difícil y el resultado sólo un logro parcial. Y no nos referimos aquí a los complejos problemas epistemológicos que giran en torno al concepto de la verdad en una obra determinada. Hablamos solamente de nuestra disposición al iniciar este trabajo, decimos y refrendamos que la verdad (por más vago que sea el concepto que se utilice) es la principal marca de autenticidad del trabajo del historiador.

Como dos bolas de billar que chocan en un momento dado, el historiador y su objeto de estudio entran en contacto y se toman la foto del encuentro, pero cada uno trae consigo una energía cinética -digámoslo así- que, si no se toma en consideración, no se conocerá el resultado final del choque. Michel de Certeau, hasta donde nosotros sabemos, es quien ha estudiado mejor que nadie el crucial asunto de comprender el lugar del historiador que, en una tesis como esta, vale tanto para el sujeto como para el objeto de estudio. Esto viene a confirmar que el lugar que cada uno de nosotros habita no nos ofrece tanta libertad como a veces solemos creer. Nuestra posición con respecto al Estado es resultado de nuestros vínculos sociales concretos, que son como la fuerza de gravedad,

---

<sup>3</sup> Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México* (edición y prólogo de Mariano Cuevas), Editorial Porrúa, México, 1958 (Colección de Escritores Mexicanos), t. 1, p. 7.

no la sentimos pero opera. Riva diría: el que viene de un incendio huele a humo, pero él no lo siente. Es decir que estamos realmente atados por nuestras relaciones sociales, por nuestra relación con el Estado<sup>4</sup>.

Pero no se debe confundir el lugar social con una categoría mercadotécnica, de esas que ubican en clases muy precisas a los consumidores,<sup>5</sup> con resultados muy apreciados en el mercado. A diferencia de dichas categorías, es posible moverse de un lugar social a otro, pero sólo hasta cierto punto: del mismo modo en un velero podemos mover el timón, pero no cambiar la dirección del viento. En las sociedades modernas el Estado, suma y potencia de todas las demás instituciones, es el gran referente<sup>6</sup>. “La



<sup>4</sup>De acuerdo con Hegel “un Estado consiste en una máquina con un único muelle que imparte el movimiento a todo el resto de la infinita maquinaria: todas las instituciones que la naturaleza de una sociedad lleva consigo deben partir de la autoridad pública suprema por la cual deben ser reguladas, mandadas, vigiladas y dirigidas”. Véase Georg Wilhelm Friedrich Hegel, El concepto de Estado, Partido Revolucionario Institucional, México, 1988 (Materiales de Cultura y Divulgación Política Clásica, 33), p. 9. Por su parte Ortega y Gasset asevera: “La nave del Estado es una metáfora reinventada por la burguesía, que se sentía a sí misma oceánica, omnipotente y encinta de tormentas”. (...) “En nuestro tiempo, el Estado ha llegado a ser una máquina formidable que funciona prodigiosamente, de una maravillosa eficiencia por la cantidad y precisión de sus medios. Plantada en medio de la sociedad, basta tocar un resorte para que actúen sus enormes palancas y operen fulminantes sobre cualquier trozo del cuerpo social”. Véase José Ortega y Gasset, La rebelión de las masas, Revista de Occidente, Madrid, 1929, p. 196 y 199. Y Gramsci destaca la soberanía todopoderosa de la institución: “El Estado, en cuanto es la misma sociedad ordenada, es soberano. No puede tener límites jurídicos; no puede tener límites en los derechos públicos subjetivos, ni puede decirse que se autolimita. El derecho positivo no puede ser límite del Estado ya que puede ser modificado en cualquier momento por el Estado mismo en nombre de nuevas exigencias sociales”. Véase Antonio Gramsci, La política y el Estado moderno, Premiá, Tlhuapan, Puebla, 1985 (La Red de Jonás).

<sup>5</sup> Target Marketing, Descripción cualitativa de los niveles socioeconómicos, documento interno, México, 1998. Agradecemos a la señora Beatriz Braniff el habernos proporcionado este documento.

<sup>6</sup> De acuerdo con Schiera: “En este sentido el Estado moderno europeo aparece como una forma de organización del poder históricamente determinada y, en cuanto tal, caracterizada por una filiación que la hace peculiar y diferente de otras formas también históricamente determinadas y, en su interior, homogéneas, de organizaciones del poder. El elemento central de tales diferenciaciones consiste, sin duda, en la progresiva centralización del poder por una instancia cada vez más amplia, que termina por comprender el ámbito entero de las relaciones políticas. De este proceso, basado a su vez en la afirmación concomitante del principio de la territorialidad de la obligación política y en la progresiva adquisición de la impersonalidad del mando político a través de la evolución del concepto de officium, surgen los rasgos esenciales de una nueva forma de organización política: el Estado moderno, precisamente. Véase Pierangelo Schiera, “Estado moderno”, en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci (directores), Diccionario de política (traducción de Raúl Crisafio, Alfonso García, Mariano Martín y Jorge Tula), Siglo Veintiuno Editores, México, 1988, t. 1, p. 626.

escritura de la historia dependerá principalmente del lugar social que ocupe el historiador con respecto al Estado. No se escribe lo mismo en Los Pinos que en Chiapas, pero aun aquí se está dentro de la órbita del Estado; no existe nadie fuera del Estado, si acaso la nada y, como ha dicho Beckett, “la nada no es decible”.<sup>7</sup> De acuerdo con la doctrina de Michel de Certeau, la mejor opción del historiador es posicionarse en los márgenes del Estado (dado que es imposible salir de su esfera de influencia), allí es donde tendrá relativamente mayor libertad de pensamiento.<sup>8</sup> El Estado es tanto un imán que atrae y seduce, a la vez que cuenta con los medios de coerción para disciplinar a los desviantes. Por ello es preciso apuntar a los márgenes del Estado, pero no en calidad de marginales, sino intercambiando con la institución insumos y productos.

Naturalmente el Estado no es una máquina parlante que dicte a los historiadores lo que deben y lo que no deben escribir. El historiador tiene autonomía y ésta se incrementa en la medida que se aleja de las instituciones nucleares del Estado. Pensemos en el siguiente ejemplo: la Secretaría de la Defensa Nacional encarga al ciudadano Kane que escriba la historia de la guerrilla en México. Es claro que esa Secretaría no publicará

---

<sup>7</sup> Citado en Guillenno Sampeiro, “Diálogo nocturno”, en El Financiero, México, julio 30 de 1998.

<sup>8</sup> Véase Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (traducción de Jorge López Moctezuma), Universidad Iberoamericana, México, p. 20-21.

cualquier cosa que escriba Kane, entre otros motivos por ser muy fuerte la tradición institucional del ejército mexicano, y el escritor comprende que lo principal es que las fuerzas armadas queden libres de cualquier acusación que la opinión pública o la sociedad civil pudiera elevar. Ahora pensemos en la novela de Carlos Montemayor, Guerra en el paraíso, en la cual se retrata de manera estética pero crudelísima la ordalía de Lucio Cabañas en la Sierra de Atoyac. Por principio de cuentas se trata de una novela histórica muy bien documentada, pero novela al fin y no puede juzgarse como una obra historiográfica propiamente dicha. Pero además Montemayor tuvo cuidado en no rebasar cierto límite: reconstruye (con su imaginación) supuestos diálogos entre el secretario de la Defensa y otros jefes a cargo de la lucha antiguerrillera, incluso menciona al presidente de la República pero a él no se atreve (con mucha razón) a hacerlo hablar, y es a través del subsecretario Gutiérrez Barrios, del secretario Moya Palencia y otros funcionarios que son personajes de la novela como el autor nos da a conocer la política del presidente. Al parecer Montemayor consideró más prudente (y nosotros lo felicitamos) dejar un nicho del Estado intocado: la presidencia de la República, recurso tanto más válido cuando que a nadie se le escapa en dónde residía la mayor responsabilidad.

Se nos dirá que son éstos casos extremos muy alejados de la práctica cotidiana del historiador y es cierto que en el aula o en el artículo para una revista especializada es posible hacer casi cualquier crítica pero ¿quién la recibe? Algunas decenas de personas y tampoco importaría que fueran muchas más. Esto lo ilustra el caso de la prensa escrita que publica barbaridades de todo tipo, pero que no llegan a ser leídas por más de cien mil

personas; además los periódicos están infestados de artículos pagados que compensan sobradamente los otros excesos. En cambio, en televisión, no cualquiera puede hablar, pues allí los auditorios son de millones de personas y sólo ciertos comunicadores, y sólo hasta cierto punto, ejercen una crítica impactante a veces en las imágenes pero en el fondo light.

La propuesta de Michel de Certeau no es disolvente ni invita a la rebelión, más bien es una estrategia para afinar los controles científicos en el análisis histórico. Los historiadores, desde hace siglos, han practicado la crítica de documentos y han valorado la autoridad del testigo según su cercanía a los hechos y según la información que podía recibir de otros de acuerdo a su calidad y situación social. Pasar de esto a la autocrítica del historiador fue un paso lógico y natural. Por eso es más científico pensar que nuestra ciencia no habita en una torre de marfil, sino en sociedades concretas y que es inevitable establecer vínculos con una amplia gama de instituciones que en su gran mayoría viven bajo la tutela del Estado. También es preciso ser maduros y no pensar al Estado -exclusivamente- como el big brother is watching you de Orwell, y me parece digna de reflexión esta frase de Héctor Aguilar Camín: “puede haber algo peor que los excesos del Estado: la falta del Estado”<sup>9</sup> y ofrece como ejemplo el caso de Yugoslavia.

Nos han enseñado a trabajar directamente con las fuentes originales y a desconfiar de segundas y terceras ediciones, de ahí que nuestra fuente principal será la obra (publicada o inédita) de Riva, así como toda la documentación original de la época que fuimos capaces de manejar, que corresponde en su mayor parte a los archivos particulares de Vicente y Mariano Riva Palacio, que consultamos directamente en la Biblioteca

---

<sup>9</sup> La Jornada, México, octubre 10 de 1997.

Benson de la Universidad de Texas en Austin. Esta investigación, a diferencia de otras, no sufrió de escasez de información sino, acaso, de exceso. Es paradójico, pero muy cierto, que el historiador puede dedicar toda su vida a estudiar la de otro y quedarse corto.

Un aspecto importante para los fines de esta tesis es que la historia, en el siglo XIX, era una rama del vigoroso tronco literario, si bien con objetivos y leyes propias; de ahí que los autores del México a través de los siglos sean presentados como “reputados literatos”. Es decir que la historiografía de aquella época buscaba ya convertirse en una ciencia, pero la secular tradición que ubicaba al historiador más cerca de la literatura de lo que ahora está, que entrará en crisis a finales de siglo con el positivismo de Spencer y Comte (el cual por cierto deja huella en el México...) no nos permite ignorar el carácter literario de esta obra, pues equivaldría a una falsificación. Es decir que nos interesa conocer en qué nos parecemos a aquella generación de historiadores, pero las diferencias también resultan interesantes.

En consecuencia en el capítulo primero titulado “Un país, una literatura” proponemos un marco para mejor comprender el México... Hemos preferido comentar una serie de ensayos del siglo XIX que nos parecen de especial significación, más que cubrir el expediente con una nómina de autores y obras que supuestamente hablarían de por sí. Algunos de los ensayos seleccionados son de tema literario pero desarrollado de tal modo que incluyen a la historiografía, lo cual nos sirve para restaurar el contexto verdadero de nuestra ciencia en los años que siguieron a la independencia de la nación. Los ensayos a que nos referiremos tienen en común el enfoque teórico explícito (con la posible excepción del texto de José María Luis Mora); es decir que no son monografías

de tal o cual época sino estudios sobre los fundamentos, las doctrinas y los escollos que enfrenta el literato historiador. Nos parece que el proceso historiográfico puede seguirse mejor, y en lo más fundamental, en estos ensayos de teoría que en las mil y una monografías de diversos temas historiográficos que se podrían traer a colación. Nuestro objetivo principal es comprender cómo se llegó al México a través de los siglos, de ahí que no tengan tanta importancia para esta tesis las divergentes versiones de la batalla del Monte de las Cruces con respecto al asunto toral de cómo se rompían la cabeza por comprender el proceso histórico, el ser de México.

Naturalmente la historiografía de asunto colonial -época que estudia Riva- lo mismo que las grandes historias generales que precedieron al México a través de los siglos, deben considerarse como puntos de referencia con los que dialoga Riva en su tomo sobre el virreinato. Pero sería ocioso repetir los buenos trabajos que sobre estos temas se han publicado en el proyecto de Historiografía Mexicana, iniciado por don Juan A. Ortega y Medina.<sup>10</sup>

En el capítulo segundo, titulado “Un hombre, un lugar social” resaltaremos los rasgos biográficos de Riva que, en opinión nuestra, pueden iluminar varios aspectos de su obra historiográfica, a la vez dibujaremos el ambiente en el cual estaba inmerso. Ciertamente esta tesis no es una biografía, pero es indispensable ubicar el lugar social de Riva con respecto a un Estado que se hallaba en un punto decisivo de su consolidación

---

<sup>10</sup> Todavía no se publica el volumen que se referirá a los autores del México a través de los siglos, pero dos volúmenes anteriores nos han sido de mucha utilidad: Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinadores generales), Historiografía mexicana, vol. III, Virginia Guedea (coordinadora), El surgimiento de la historiografía nacional y vol. IV, Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinadora), En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884 Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de investigaciones Históricas, México, 1997 y 1996 respectivamente.

como tal. Nuestra versión de la biografía de Riva ya está en proceso de publicación.<sup>11</sup> Fue interesante seguir todo el trayecto vital, después de haber escrito nosotros mismos, con anterioridad, varios artículos y un libro sobre diversos aspectos de la obra rivapalatina, además de coordinar la edición de sus obras escogidas.<sup>12</sup> Confesamos que nuestra mayor dificultad fue escribir el final de la biografía y nos resistimos cuanto pudimos a matar al personaje, tal como debe hacerse con los toros de la mejor casta que reciben el beneficio del indulto. Y no se trataba de ese malsano apego que algunos tienen con tal o cual personaje, que los conduce a justificarlos hasta en las peores situaciones, y que no quieren que la película acabe nunca pues, si no, ¿de qué nos hablarán mañana? Nos sucedió lo contrario, queríamos un buen final, pero uno que nosotros eligiéramos, y esto no lo tolera el género biográfico: todas las vidas terminan en la muerte, es decir que el destino de todos nosotros por fuerza es trágico,<sup>13</sup> aunque unos pocos, como O’Gorman, saben vivir

---

<sup>11</sup> Se titula “Patria, tu ronca voz me repetía”. Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, (en prensa).

<sup>12</sup> El título de esta monografía es Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio (prólogo de Guillermo Zermeño), Universidad Iberoamericana / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1993. También son dignas de mención las Obras escogidas de Vicente Riva Palacio (coordinador de la obra José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Instituto Mexiquense de Cultura / Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997-1998; ya se han publicado siete de los once volúmenes de la colección. También tuvimos la oportunidad de seleccionar y hacer un prólogo a una antología titulada Vicente Riva Palacio (selección y prólogo de José Ortiz Monasterio, bibliografía de Teresa Solórzano), Cal y Arena, México, 1998 (Los imprescindibles). Otros artículos y ediciones de documentos de tema rivapalatino que hemos publicado pueden consultarse en la bibliografía que aparece al final de esta tesis.

<sup>13</sup> En los tiempos de los creyentes la muerte era más fácil de aceptar pues era el tránsito a la otra vida, la vida eterna, pero desde que la historiografía no tiene por cierto nada que no sea enteramente natural la muerte resulta un poco definitiva.

con ironía. Y como el final de cualquier libro, el desenlace, es el que nos da la clave del sentido del relato percibíamos una contradicción entre el inevitable y trágico final, y todo lo leve, creativo y humorístico que Riva nos transmitía. Tuvimos entonces que separar al hombre de la obra; ésta sigue viva y actuante pero no el sujeto que la inventó. Del hombre quedan las huellas, los rastros de las anécdotas geniales, las salidas ingeniosas y uno que otro despropósito. Tuvo, como Cortés, vicios y virtudes y la balanza se inclina francamente por las segundas; tuvo, como Cuauhtémoc, su gloria y su heroísmo. Pero, hombre al fin, envejeció, decayó y murió. Fue así que como narradores tuvimos que matarlo pero, en el momento de abandonar la plaza, pedimos que se le diera arrastre lento, el público de pie, las palmas entre festivas y solemnes, y no faltaron los chistes, como en los velorios mexicanos.

La vida de la obra de Riva es otra. Siempre ha sido bien considerada, con sus altas y bajas, con más suerte unos libros que otros, pero la edición de sus Obras escogidas en once volúmenes (idea original de Alfonso de Maria y Campos) apunta a que buena parte de su obra estará disponible para los lectores del siglo XXI, en la agradable compañía de los Altamirano, los Prieto, los Payrio, y los Ramírez, sin olvidar a los Mora y a los De la Rosa. Como lo que perdura es la obra la biografía que nosotros hicimos de Riva siguió como hilo conductor su producción literaria, y dejamos en el segundo plano los aspectos políticos y militares; esto último es arqueología, pero con su obra todavía podemos dialogar.

Tal vez, como piensan algunos, las naciones son criaturas del Banco Mundial. Pero nosotros no descartamos la hipótesis -por momentos contrafactual- de que las sociedades pueden inventarse a sí mismas, sin que ello signifique cegarse ante las

realidades económicas, políticas y tecnológicas de nuestro tiempo.<sup>14</sup> Y si tal es el caso nuestro único arsenal es la tradición (inútil sería negar lo que somos y no todo es negativo). Pero de nada sirve la bibliografía, de nada las citas más o menos pertinentes, de nada los comentarios hagiográficos si no sacamos de alguna parte las agallas para innovar, para inventar los caminos que hoy no vemos siguiendo siempre el consejo de O’Gorman: “atrévete a equivocarte”. En tanto que organizamos la colecta para sus monumentos, nuestros héroes culturales deben ser el trampolín que nos dé la confianza para enfrentar el siglo que viene. Los historiadores tenemos hoy un papel estratégico: dar una visión de larga duración del proceso mexicano. Hasta aquí los buenos deseos.

Como veremos en su momento el México... es en cierto sentido el libro más oficial que pudiera escribirse, baste decir que lo pagó el Ministerio de Guerra y que la idea original de la obra se le atribuye al presidente Manuel González. Por añadidura, Riva escribe su tramo en prisión, es decir que no sólo estaba ligado al Estado sino que cumplía el extraño oficio de narrar al Estado que lo había enviado al cautiverio. Se impone en consecuencia comprender el proceso que convirtió a Riva en historiador, para explicar debidamente esta paradoja. Pero no nos limitaremos a copiar la biografía que hemos escrito, antes citada, sino que trataremos con mayor amplitud que en ese libro ciertos momentos decisivos para la historiografía, por ejemplo, el episodio del archivo de la Inquisición.

Los capítulos tercero y cuarto: “Un escritor, una carrera literaria” corresponden, respectivamente, al análisis de las “Obras generales” y las “Obras de teoría” de Riva, con

---

<sup>14</sup> Véase sobre este punto Edmundo O’Gorman, México: el trauma de su historia, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades, México, 1977.

el objeto de reconstruir y explicar más fácilmente el proceso general de su obra y en particular el de otros trabajos en los cuales Riva construye su filosofía de la historia. En el capítulo tercero reconstruiremos la trayectoria de su obra literaria de todo género pero buscando siempre la clave, la insinuación y el lapsus que iluminen la obra historiográfica. No haremos reseñas completas sino calas aquí y allá de lo puramente literario, pero los trabajos historiográficos serán examinados sistemáticamente. Aquí nuestro principal propósito es mostrar que el México... que Riva dirigió y escribió tiene como antecedente por lo menos veinte años de reflexión seria sobre el pasado y el futuro de la nación. En este lapso hay continuidades, rupturas, novedades y sobre todo un afán constante por descubrir los secretos del arte histórico.

Es curioso: si Riva no hubiera escrito el tomo segundo del México... (y dirigido la obra en su conjunto) hoy se le tendría por historiador menor, más bien estaría en la nomina de los novelistas. A la vez no pudo haber escrito el México... (al menos ese México...) sin sus ensayos previos, por más que hoy se les ubique más cerca de la literatura que de la historia. Quizá en los dramas que escribió con Juan A. Mateos la historia sólo tiene un papel de ubicación temporal, de decorado de época, sin una plena conciencia del proceso histórico, aunque si está ahí la obsesión de Riva y de su siglo: la independencia. Sin embargo, en sus siete novelas históricas, que hemos estudiado en trabajos previos, la idea de un proceso es ya bien visible, por ejemplo cuando alude al mestizaje y al surgimiento de una raza nueva, o bien cuando ve en todos los motines y tumultos la cifra de la independencia; hay un proceso, no sólo como sucesión necesaria

de épocas sino también como diálogo entre el presente y el pasado: comprender al otro, al pasado, para inventar la identidad del mexicano actual.

Además, como Riva tenía en su poder el archivo de la Inquisición desde 1861, tuvo ese trato continuado con las fuentes que es indispensable al historiador. Por ejemplo, tener en las manos un edicto inquisitorial, escrito con letra procesal encadenada del siglo XVII (absolutamente indescifrable para el lego), muestra con toda claridad la diferencia, la alteridad del pasado, y en una sola hoja de papel se advierte la dificultad no sólo de hacer legible el documento, sino de hacer inteligible el pasado.<sup>15</sup>

Riva también escribió crónica histórica, ensayos de asunto histórico y otros textos similares que habían permanecido inéditos. Como veremos en el capítulo cuarto algunos de ellos son muy fuertes en doctrina y teoría, otros fueron escritos con más prisa y pasión política. En conjunto todos estos precedentes nos dan muchas claves para descifrar el México... y dan fe de que su autor reflexionó durante décadas sobre México y su historia, a la vez que buscó darle sentido con un arsenal teórico y metodológico muy particular y bien dotado. A reserva de lo que lleguen a encontrar futuros investigadores, Riva fue el historiador mexicano del siglo XIX que más páginas escribió en tomo a la teoría de la historia, con muy buena calidad y con una notable originalidad.

En el capítulo quinto: “Una fábrica de historia” analizaremos la génesis del proyecto y la realización del México a través de los siglos, la primera fábrica de historia

---

<sup>15</sup> Sin duda Riva contó con la ayuda de paleógrafos pues tenía con qué pagarlos, a la vez que las disputas por la tierra y los títulos muy antiguos que de ella hay en este país han hecho necesarios siempre a estos especialistas. Por cierto, según el testimonio de Juan de Dios Peza: “Riva Palacio ha tenido siempre la costumbre de dictar sus creaciones...”; cit. en Memorias, reliquias y retratos para la “gaveta íntima”, Editorial Porrúa, México, 1990 (Sepan Cuantos, 594).

mexicana. Como hemos dicho al parecer la idea surge del presidente González y no se puede descartar la posibilidad de que haya tenido, como veremos, un fin político *Trataremos también de explicar cómo la idea original de González de escribir una historia de la guerra de Intervención, vino a convertirse en el México...* Todo el proyecto fue pagado por el Ministerio de Guerra y Marina y en el archivo de esta institución -parecía una suposición lógica- esperábamos hallar todo un caudal de documentación relativa al magno proyecto. En el actual Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa pudimos consultar el expediente personal de Riva, pero es sólo un legajo. Al parecer buena parte de la documentación que se reunió para ser utilizada en el México a través de los siglos se encuentra hoy día en el Archivo General de la Nación, concretamente en el fondo Segundo Imperio constituido principalmente por los documentos de la secretaría particular del archiduque Maximiliano. No obstante la documentación más abundante y rica relativa al México... la habríamos de encontrar en el archivo particular de Riva; esta información fue bastante para seguir, a modo, el proyecto historiográfico que nos interesaba.

Resulta difícil apreciar hoy día el esfuerzo que significó la publicación del México a través de los siglos. La energía que desplegó Riva, la desmedida ambición de su hazaña, simplemente no tienen punto de comparación. Otros grandes proyectos fueron el México: su evolución social y la más reciente Historia moderna de México. En el primero, si bien las páginas de Justo Sierra se cuentan entre lo mejor de nuestra prosa histórica (y no me refiero sólo al estilo), la estructura de la obra no alcanza una perfecta unidad; eso sin contar el racismo y la cercanía con el régimen de Díaz, que distorsiona -para el lector actual- la lectura. El caso de don Daniel Cosío Villegas es distinto pues

gracias a su inteligencia, y gracias también a una mayor distancia en el tiempo que le dio la clave, es decir que conocía de antemano el desenlace, pudo explicar de manera más cabal un período (1867-1910) algo mayor a cuarenta años y empleó en ello casi dos décadas. Es significativo que se ocupe del período que siguió inmediatamente al punto en que se queda el México..., cuya realización tomó -de principio a fin- sólo ocho años. Pero nos parece ocioso, y sobre todo injusto, darle la precedencia al México... sobre las otras obras citadas, pues cada una ocupa un lugar propio, cada una enriquece nuestra tradición historiográfica y todas ellas son superiores a lo que hemos leído últimamente.

En cuanto a las historias generales de México de las últimas décadas son algo muy distinto. La muy útil pero carente de notas e ilustraciones de El Colegio de México, en sus dos volúmenes actuales, resulta mucho menos ambiciosa. La de la editorial Salvat también tiene poco texto y alcanza una decena de esmirriados volúmenes a fuerza de muchas ilustraciones en color que son más ruido que nueces, en el sentido de que los avances de la técnica fotográfica y tipográfica hacen fácil lo que hace cien años era muy arduo pues cada ilustración debía dibujarse y luego convertirse en grabado por obra de la mano humana; además la historia de Salvat es realmente una colección de monografías escritas por muchos autores, como O’Gorman que escribe el capítulo de la Inquisición, que resultan incomparables con el esfuerzo de los autores del México a través de los siglos.

Nos parece, en consecuencia, que el México... puede seguir haciendo valer lo que ostenta en la portadilla: “obra única en su género”. Y no pretendemos decir que no se haya publicado algo mejor, sino que nadie más ha sido capaz de alcanzar un prestigio paralelo -en toda la sociedad-; una posible excepción podría ser Enrique Krauze, pero

habrá que esperar para ver si la celebridad (un anzuelo del Estado) no devora al historiador. Los académicos ven muchas limitaciones en el México..., pero lo seguimos consultando y todo hogar mexicano que se respete, de clase media baja para arriba, tiene la obra para consultas escolares,<sup>16</sup> pero también como icono; se halla siempre en ese sitio entre la tele y la video al que pomposamente se le llama “la biblioteca”. Es difícil de creer y fácil de comprobar que el México... todavía se vende en librerías, queremos decir que se sigue imprimiendo y son tantas las ediciones que es difícil contarlas y no dudamos que sea por razones fiscales que los editores actuales se abstienen de incluir el colofón y, otras veces, hasta la fecha de publicación, aunque este defecto proviene de la edición princeps. Otros libros de historia que siguen siendo muy populares son la Breve historia de México de don José Vasconcelos “que de 1935 a la fecha ha alcanzado un enorme número de ediciones y reimpressiones”<sup>17</sup>; y también la Historia verdadera de la conquista de México de Bernal Díaz, pero no es lo mismo vender un tomo relativamente breve, como es el caso de las obras de Bernal Díaz y Vasconcelos, que los monumentales volúmenes del México... con lo cual tratamos de dar una idea del notable éxito de la obra dirigida por Riva sin mengua del favor que del público han recibido otros libros notables.

Estudiar la génesis del México... debe darnos algo más que meros antecedentes. Tal vez podamos descubrir ahí claves útiles para distinguir el lugar social desde donde se escribió la obra y también señales de la sociedad que lo produjo. ¿Por qué se publicó el

---

<sup>16</sup> Esta es una generalización que no parte de una encuesta debidamente formulada, pero nosotros mismos hemos visto el México... en una casucha de dos habitaciones en el Cerro de la Estrella y también en una casa levantada con muy pobres materiales en la calle de Calvario en Tlalpan, ambas en el Distrito Federal.

<sup>17</sup> Según informa Álvaro Matute en su estudio introductorio al célebre libro de Justo Sierra, La evolución política del pueblo mexicano, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993 (Cien de México), p. 15.

México... precisamente en ese momento? ¿Cuáles fueron las relaciones de Riva con Ballezá, el editor, y con Espasa, el impresor? ¿Quién tuvo a su cargo las ilustraciones y cómo se conseguían? Y ¿en qué términos fueron contratados los autores? En su momento intentaremos responder a estas preguntas, pero podemos adelantar que Ballezá fue el editor en toda la extensión de la palabra, es decir que no sólo se encargó de contratar a la casa Espasa de Barcelona para imprimir la obra sino que cuidó la presentación de los originales, coordinó la revisión de nombres propios y fechas, a la vez que vigiló muy de cerca todo lo relativo a las ilustraciones.

El proyecto se inició en 1881 y la obra se publicó por “entregas” (hoy diríamos fascículos) entre 1884 y 1889. Parece un lapso considerable pero no lo es tanto para cerca de 5,000 páginas de gran formato, tamaño folio, que fácilmente sumarán 20,000 cuartillas.

En el capítulo sexto: “Los otros tomos y autores del México a través de los siglos” trataremos de dar una visión general de la obra en su conjunto y de todos sus autores. Aquí es importante aclarar que nuestro objeto de estudio, digamos mejor nuestro personaje, es Riva, el director de la obra,<sup>18</sup> pues la estructura, la división en períodos y, en fin, la interpretación global es obra suya. Ver en detalle cada tomo y cada autor no necesariamente nos acercaría a una mayor inteligibilidad. La curiosidad es característica inseparable del historiador, pero querer saber todo de todo sólo produce eruditos que

---

<sup>18</sup> “Director”, se le llamó entonces, y tal vez este término sea un poco más fuerte que “coordinador”, pero está en desuso.

jamás concluyen sus proyectos, pues siempre les falta este dato Y aquel documento. En todo caso es imperativo acotar un tema manejable.

Nosotros sólo buscaremos los rasgos más característicos, los fragmentos significativos y, sobre todo, la trabazón del conjunto, pero dejando a cada autor su personalidad propia.

De acuerdo con los conocimientos actuales el tomo primero del México..., escrito por don Alfredo Chavero, es sin duda el más débil. Como se verá, Riva estaba perfectamente consciente de que a la hora de las interpretaciones “Chaverito” desplegaba una imaginación que rayaba en el delirio. Hoy es claro que un Orozco y Berra resultó mucho más atinado, pero creemos que en aquel momento no había seguridad al respecto, de modo tal que la línea de investigación más “científica” de Orozco bien pudo considerarse entonces tan conjetural como las interpretaciones de otros autores; el paradigma que hoy nos es familiar apenas estaba construyéndose. Este punto es muy digno de consideración.

En el tomo de Chavero también habrá que tener en cuenta, junto con el indio arqueológico, al de carne y hueso que formaba hace cien años una porción considerable de la población. Surge aquí un conflicto: por un lado es clara la intención de rescatar la historia indígena para construir una identidad propia, distinta a la de cualquier otro pueblo; pero, por otro lado, es evidente que desde los tiempos de la independencia se venía aplicando una política modernizadora a la cual pudieron integrarse Juárez y Altamirano, indios ilustres, pero que fue destructiva para muchas instituciones indígenas, desde las procesiones hasta la tenencia de la tierra. Por ello nos parece pertinente preguntarnos: ¿qué significa este conflicto en términos de la escritura de la historia? Es

decir ¿cómo da cuenta Chavero de la antigua grandeza mexicana con respecto a la abyección en la que había caído la raza indígena?

El tomo segundo, el de Riva, dedicado al virreinato, será analizado en detalle por ello le dedicamos todo el capítulo séptimo.

Don Julio Zárate es el autor del tomo tercero, que se refiere a la guerra de independencia. El era, de los autores del México... el menos conocido y el que menos había publicado. Lo que más llama la atención de este tomo es que, por así decirlo, la guerra de independencia está “sobrerrepresentada”. Sí, porque dedicar un tomo cercano a las mil páginas a un período de once años pudiera parecer excesivo. Pero cuidado con juzgar esto como una “equivocación”; precisamente esta desviación nos da una clave importante para entender aquel pensamiento histórico.

De hecho, el tomo final, el quinto, escrito por José María Vigil y dedicado a la Reforma y la Intervención francesa (llamada entonces segunda guerra de independencia), bien puede sumarse al tomo tercero para apreciar que cerca del 40 % del México... está dedicado al asunto principal por antonomasia de la independencia; como ya hemos señalado, la obra culmina con el triunfo de la República sobre el imperio de Maximiliano en 1867. El mayor escollo que encontramos en relación a esto fue recorrer la distancia que nos separa de aquella época, para entender la independencia no simplemente como la fiesta del 15 de septiembre, sino como el bien máximo -unido por necesidad al sistema republicano- que el siglo XIX legó a la posteridad en estas tierras. Los mexicanos de entonces tenían, acaso, un abuelo insurgente y tal vez una cicatriz como recuerdo de la guerra de Intervención. Para ellos la independencia era inseparable del “ser de México”, que en muchos momentos pareció que no llegaría a ser, aunque ahora miremos la

independencia como una especie de “don gratuito”, propio de la naturaleza de las cosas, para usar la expresión del viejo Quesnay.

El tomo cuarto, dedicado al primer medio siglo de vida independiente y escrito en su mayor parte (debido al fallecimiento de Juan de Dios Arias) por Enrique de Olavarría y Ferrari, nos parece que bien pudo ser el más difícil de resolver en términos de composición. Decimos esto porque si la independencia era ese bien inmenso que toda la obra pregona ¿cómo explicar que le siguieran cinco décadas de caos en todos los órdenes? ¿Por qué dilató tanto el Estado en aparecer, queremos decir como entidad duradera? Sobre estos puntos tendremos que investigar y reflexionar. También será ineludible examinar hasta qué punto es el México... la versión de un partido. A primera vista esta obra es un ejemplo clásico de que la historia la escriben los vencedores, pero hay que tener cuidado porque eran ellos historiadores de calibre y no meros panfletarios. Además el paso del tiempo permitía cierta generosidad, nos referimos a que en 1881 era clarísimo que el partido conservador había sido completamente derrotado, en términos de la pugna por el poder. Ya no era precisa, pues, tanta beligerancia y era más bien un momento de conciliación, siempre y cuando quedaran a salvo los principios más elementales del liberalismo mexicano.

En el capítulo séptimo: “El tomo de Vicente Riva Palacio, segundo del México a través de los siglos” analizaremos el volumen que está dedicado al virreinato de la Nueva España. Nuestra crítica partirá del concepto de Auerbach según el cual un libro no es un monumento estático, sino un proceso dinámico en tres etapas: contexto, texto y lectura. Fuera de su contexto histórico y social se puede falsificar el sentido o los sentidos de un libro. Sin lectores el libro no pasa de ser un objeto de papel; el libro como unidad

lingüística y de sentido sólo es, en la medida que es leído. Auerbach recomienda además que se debe poner el énfasis en el texto, como si éste fuera el cuerpo principal de un avión, y el contexto y la lectura las alas que lo sostienen.<sup>19</sup> El célebre crítico argumenta que en el texto está todo, pues de hecho incluye al contexto y a las lecturas posibles. Este enfoque de sobrerrepresentar al texto tuvo en los orígenes de la historiografía científica (la diplomática y la filología del siglo XVII) a sus probables fundadores, de modo que estamos en terreno historiográfico firme. Sin embargo el historiador, es una de sus principales características, debe estar siempre atento a lo social, a procesos sociales que se desarrollan en el tiempo. Pero no debemos olvidar que el historiador no trabaja directamente con los procesos sociales, sino con los testimonios que éstos han dejado en documentos, monumentos, monedas, etcétera; de ahí la gran trascendencia de la crítica diplomática y la filológica. Es normal proceder deductivamente, de lo social hacia el texto; pero, cuidado, es preciso demostrar que esas deducciones aparecen objetivamente en el texto o no pasarán de simples generalidades. Por ello los mejores autores recomiendan un camino de ida y vuelta, un diálogo entre el contexto (lo social) y el texto (lo particular). Ahora que, si algo debiera aportar cualquier investigación sería mostrar cómo esa investigación particular enriquece las interpretaciones más generales de la historia. Es por ello preciso cultivar un espíritu crítico que cuestione, con un sano juicio, las interpretaciones existentes, especialmente aquellas en donde el contexto lo es todo y

---

<sup>19</sup> Nosotros no ahondaremos tanto en el análisis de la recepción, que bien pudiera formar una monografía independiente si se realiza cabalmente. Pero no dejaremos de mencionar las principales lecturas que se han hecho del México... para enriquecer nuestro trabajo con una multiplicidad de miradas. Véase Erich Auerbach, Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental (traducción de I. Villanueva y E. Imaz), Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

nuestros objetos de estudio (sean libros, personas o movimientos sociales), simplemente son ajustados, de gana o por fuerza, en un marco que explica todo de antemano. Es decir que, dados tales y cuales elementos de la realidad política, económica y social, de ellos algunos deducen -mecánicamente- todos los fenómenos, de tal modo que todo está explicado desde un principio y la investigación lo único que aporta es una cubetada más de material empírico para la explicación estándar. Por ese motivo Hayden White critica con mucha razón las explicaciones contextualistas a ultranza, que realmente no conducen a ninguna parte; y es también por eso que, en última instancia, el texto debe imperar.

Es claro que cuando Auerbach recomienda privilegiar el texto mismo, como intentamos hacerlo nosotros con el tomo de Riva, ya conoce muy bien el contexto y las principales lecturas que se han hecho del texto en cuestión. Y esto no es ser tramposo sino que prueba que es preciso considerar todo el proceso literario,<sup>20</sup> pero el meollo del asunto es que cualquier lectura o cualquier elemento del contexto que se traiga a colación debe ser comprobado, repetimos, en el texto mismo; aquí no valen las vagas conexiones causales. En suma, un texto historiográfico no debe ser explicado con valores extrahistoriográficos.

Como es debido analizaremos la heurística, la hermenéutica, la arquitectura y la composición del tomo segundo del México... También nos interesa descubrir quiénes son los interlocutores del autor, qué podemos decir del público al que se dirige y, también, a qué autores combate y a cuáles defiende. Otro aspecto importante es comprender a Riva como lector y crítico documental ¿cómo arregla e interpreta la masa de testimonios?

---

<sup>20</sup> Otra técnica que recomienda Auerbach es la de seleccionar fragmentos clave, lo cual simplifica la demostración y la exposición, pero la selección del fragmento él la hace después de tener un conocimiento cabal del contexto, el texto y la recepción.

Nos interesa comprender lo que Riva dice, pero también lo que calla. Por ejemplo ¿por qué ignora la aparición de la Virgen de Guadalupe? ¿No debió mencionar el acontecimiento, así fuera como reflejo de una mentalidad supersticiosa? Tentativamente atisbamos que aquellos liberales tomaban completamente en serio la idea de la supremacía del Estado, al punto de que estaban dispuestos a perder el privilegio enorme con que la Virgen señaló a este país, pues “no hizo tanto por ninguna otra nación”, todo en aras de un Estado laico moderno.

El asunto central de este capítulo séptimo será descubrir la teoría de la historia y idea de México que construye Riva, una versión mestiza de nuestra historia que propone una reconciliación de los encontrados elementos que formaron a la nación, es decir nuestras dos raíces, la indígena y la española, (y habría que agregar, por nuestra parte, una pizca o algo más de negritud). Nos parece que aquí Riva se guía por una visión cargada de futuro, pues en su época la distancia del indio con respecto al criollo que lucía sus galas en la calle de Plateros era, en términos de apariencia exterior, más visible que ahora. Hoy la mayoría de la población es mestiza, en efecto, pero la distancia que separa a un tojolabal de un ejecutivo de alto nivel es abismal, ya no tanto en la apariencia exterior sino en lo económico y social. Entre el totopo y el microchip el Estado no, ha podido incorporar al mundo moderno a más de la mitad de la población, formada por mexicanos

muy pobres; de la población actual, aun exagerando nuestro optimismo, sólo un 10 % entrará realmente al siglo XXI.<sup>21</sup>

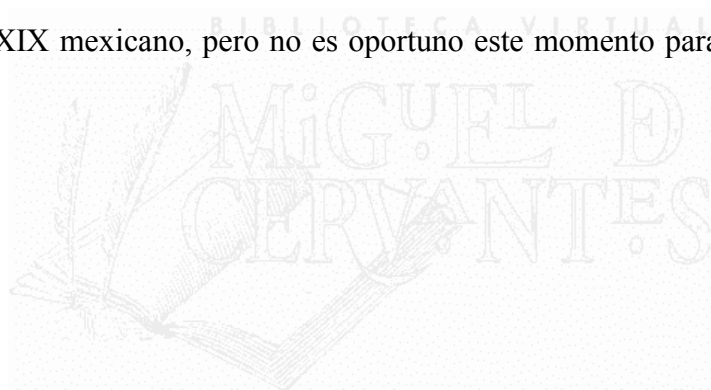
En las conclusiones de este trabajo haremos un balance final, pero no será a manera de “nuevas verdades irreprochables”, sino un repaso de los puntos principales de nuestra narración y de los elementos fundamentales de nuestro análisis. Sí, la narración tiene un principio, un desarrollo y un final pero, a diferencia digamos de un ensayo sociológico, su esencia no son las conclusiones, sino la composición del conjunto, de la narrativa toda. En efecto, el desenlace tiene mucha importancia, pero no como síntesis, sino como clave para la interpretación del conjunto del relato. Todo esto lo explica muy bien Hayden White, pero no nos tienta hacer un estudio a su modo pues, a nuestro entender, descubrir que el México... está tramado como romance -la apoteosis final es muy obvia- demuestra sobre todo que, en efecto, la historiografía tiene su ciencia pero no deja de conservar un estatuto literario. Aunque siempre admiraremos las agallas de White.

Evidentemente la estrategia narrativa no es la única posible ni la más recomendable para todos los casos en los estudios históricos. Nosotros la elegimos pues nos interesa dirigimos a todos los colegas, y no a unos cuantos iniciados, para lo cual nos conviene continuar la tradición milenaria de escribir en un lenguaje llano, a la vez que consideramos que nuestra ciencia es ciencia, y algo más.

---

<sup>21</sup> En el análisis mercadológico de la firma Target Marketing, ya citado, el sector de la población mexicana considerado “alto”, que incluye los niveles “A” y “B” constituye sólo el 6 % de la población y sus ingresos netos mensuales son de \$ 4 800 dólares y superiores. El sector más bajo, que incluye los niveles “D plus”, “D” y “E”, reúne al 61 % de la población nacional y sus ingresos mensuales netos son de \$ 640 dólares como máximo.

Una nota final. En la bibliografía presentaremos una guía para el estudio de Riva Palacio con el afán de reconocer nuestra deuda con los muchos autores que, encabezados por doña Clementina Díaz y de Ovando, nos han servido para comprender nuestro objeto de estudio. El carácter artesanal de nuestra labor cotidiana, único camino al esmerado resultado (“requinte” diría Marisa Lajolo), hace lento el proceso; de ello ha resultado una larga convivencia con Riva y si no nos hemos aburrido es porque el personaje es verdaderamente estratégico (ciertamente no el único). Él ilustra una gran variedad de aspectos de nuestro siglo XIX. Pero nosotros deseáramos llegar a algo más abstracto y general, que la simple conclusión de que el México... es una obra de gran importancia en nuestra historiografía. Ya atisbamos algunos elementos que nos conducen a otro tipo de lectura del siglo XIX mexicano, pero no es oportuno este momento para despegarnos de nuestro objeto de estudio.



## CAPÍTULO I: UN PAIS, UNA LITERATURA

Lorenzo de Zavala (1788-1836) y su Objeto, plan y distribución del estudio de la historia.

El valor supremo de la independencia fue la libertad que se alcanzó al separarse México del imperio español. Sin embargo el otro lado de la moneda fue la orfandad en que quedó la nación al romperse un pacto social multiseccular. Las nuevas instituciones tardaron mucho en imponerse, lo mismo que las viejas en desaparecer, y el período 1821-1867 fue a dura, costosa y lenta transición.<sup>1</sup>

Esta orfandad tiene muchas expresiones, especialmente en la literatura, pero también las hallamos en la historiografía. Tal el ensayo Objeto, plan y distribución del estudio de la historia, firmado por Lorenzo de Zavala y publicado por entregas en el periódico El Águila Mexicana a partir del 7 de octubre de 1824. En realidad se trata de un plagio descarado, desenmascarado por don Juan A. Ortega y Medina, de las Lecons d'histoire del conde de Volney, un ilustrado francés de segunda fila. Además de la audacia el plagio nos llama la atención que, siendo un texto tan erudito, nadie pusiera en tela de juicio la paternidad del mismo, ni siquiera un Lucas Alamán (en aquel momento ministro de Relaciones Interiores y Exteriores). En cualquier caso el plagio obedece posiblemente a la necesidad de llenar un vacío en la reflexión sobre la historia; es decir que se trajo de fuera lo que no había aquí.

Zavala fue un hombre moderno. Criollo nacido en tierra de indios, Yucatán, se incorpora a la lucha por la independencia y va a parar a la prisión de San Juan de Ulúa. Allí aprende por su cuenta, con libros que se le proporcionan, medicina al tiempo que inglés. Regresa a Yucatán como galeno y luego es enviado a las Cortes españolas. Después de la

---

<sup>1</sup> En la esfera económica el viraje no llegaría sino hasta 1880, aproximadamente. Véase Ciro Cardoso (coordinador), México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social, Editorial Nueva Imagen, México, 1980.

independencia es diputado y más tarde gobernador del Estado de México, masón yorkino por supuesto. Viaja a los Estados Unidos, remonta el Mississippi y conoce esa modernidad. Culmina su carrera política como colono y primer vicepresidente de la entonces República de Texas; murió en 1836 pero nos inclinamos a conjeturar que habría estado a favor de la anexión de Texas a los Estados Unidos. Su verdadera patria fue la modernidad y no su nativo Tecoh.

No deja de ser curioso que los estudios sobre la moderna teoría de la historia mexicana hayan iniciado con el plagio, con la falsificación que hace Zavala de Volney. Podemos tomar esto como un indicador del vacío (de la orfandad) que hubo en este campo durante las primeras dos o tres décadas del México independiente. Bustamante parece ser el historiador más activo en estos años, pero no produjo textos de teoría, de hecho no será sino hasta el año de 1844 en que se publicará un texto de teoría de la historia (en este mismo año Alamán comienza a publicar sus *Disertaciones*). Tal vez tuvo mucho que ver en esto la expulsión de los jesuitas en 1767, que cortó de tajo la tradición del insigne veracruzano Francisco Xavier Clavijero; la expulsión y luego la independencia se convirtieron en una ruptura con la tradición anterior. Sin embargo, es paradójico que la cultura de la Nueva España no fuera aprovechada como sustento y trampolín, pues era sin duda la más brillante del continente, y sólo autores excepcionales como Alamán reivindicaron la historia y la cultura coloniales. A la larga, por ejemplo en la obra de Riva, resurge el interés por recuperar la historia y la cultura de la Nueva España. Pero en las primeras décadas de vida independiente el asunto vital era instaurar un Estado independiente y la literatura -escrita por buen número de políticos- tenderá cada vez más a una postura nacionalista, que se expresaba casi siempre dándole la espalda a la Colonia (tal el Méjico y sus revoluciones (1836) del doctor Mora, que enseguida comentaremos).

No debemos detenernos demasiado en el texto de Volney, no tanto porque sea de mano extranjera sino porque no corresponde a la historia mexicana, es decir que sus

reflexiones atañen a otros escenarios y en ningún sentido están motivados por la propia historia de México; no es éste su objeto de estudio.

Pero para fijar algunos rasgos de Volney-Zavala diremos que se alimenta rectamente de los clásicos de la Antigüedad, por ejemplo cuando enumera las cualidades que atribuía Luciano al buen historiador. También se cuestiona ya la posibilidad de que la historia sea una ciencia, si bien Volney se inclina por la negativa: “Insisto, pues, en la idea de considerar la historia, no como una ciencia, porque este nombre sólo me parece que debe aplicarse a conocimientos demostrables, tales como las matemáticas, la física, la geografía; . o como un arte sistemático de cálculos puramente probables como el de la medicina...”<sup>2</sup>

En suma, podemos decir que lo primero que se advierte al estudiar la teoría de la historia del siglo XIX es precisamente la carencia de pensamiento teórico, lo cual obliga a Lorenzo de Zavala a lucir ajenas galas. No carecía este autor de talento propio y originalidad, como lo demuestran dos libros suyos: Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 a 1830 (1831-1832) y Viaje a los Estados Unidos del Norte de América (1834). Sin embargo, de la cultura ilustrada del siglo XVIII a los textos de los años cuarenta del XIX hay todo un proceso que sería preciso estudiar y, tentativamente, nos inclinamos a la hipótesis de que hallaremos muchas continuidades, a pesar de que el Estado moderno alimente la idea de que antes de Hidalgo no hubo nada, como si el prócer no hubiera tenido ni padre ni madre, ni escuelas ni lecturas todas ellas novohispanas. Todo esto daría materia a otro trabajo; quede aquí planteado como problema.

José María Luis Mora (1794-1850) y su Méjico y sus revoluciones<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Conde de Volney (seudo Lorenzo de Zavala), “Objeto, plan y distribución del estudio de la historia”, en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia, México, Instituto de Investigaciones Históricas / Universidad Nacional Autónoma de México, 1970, p. 61-62.

<sup>3</sup> Librería de Rosa, París, 1836. Nosotros utilizaremos la edición reciente de las Obras completas de Mora realizada por Lillian Briseño Senosiain, Laura Solares Robles y Laura Suárez de la Torre.

Notable en grado extremo fue la vida y la obra del padre Mora, doctor en teología. Fue político, periodista y autor de una historia cargada de intenciones prospectivas, pues en ella se estudia el pasado para comprender la nueva era republicana es decir como guía hacia el porvenir. Combatió a Iturbide y a su imperio, a la vez que se convertía en uno de los más conspicuos masones “escoceses” y descollaba entre la primera generación de liberales cuya historia a condensado, a través del estudio de las ideas, Charles Hale en su libro El liberalismo mexicano en la época de Mora.<sup>4</sup> Como autor de la Constitución del Estado de México, de la Ley de Hacienda, la de Ayuntamientos y otras importantes Mora se muestra como fundador de las instituciones nacionales. Desde nuestra época resulta difícil comprender la orfandad, discúlpensen la insistencia, en que se halló el país al terminarse el vínculo colonial, pues hoy contamos con una compleja red de instituciones que sirven de mediadoras entre los afanes individuales o colectivos y el Estado; en aquella época todo estaba por hacerse. Mora entendió la orfandad del país en el sentido de que desde el instante la nación tendría que valerse por sus propios medios, a la vez que su tenaz esfuerzo para comprender el ser de México lo llevó a formar una idea y un proyecto nacional que, si no se había cumplido al término de su vida, en buena medida sirvió de faro y fue realizado por la generación de la Reforma. Mora fue un precursor a fuerza de inteligencia pero, aun más que eso, lo fue en razón directa de las agallas de que hizo gala para pensar por sí mismo, lo que equivale a practicar la crítica de las ideas de los otros, por más que fueran todo un Alexander Von Humboldt. Y como pensador original el doctor tiene muchas lecciones que ofrecer; por ejemplo, si se saca de Méjico y sus revoluciones todo lo político, económico y

---

<sup>4</sup> El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853 (traducción de Sergio Fernández Bravo y Francisco González Aramburu), Siglo Veintiuno Editores, México, 1982.

social -según reza la clasificación en uso- todavía queda un material considerable que no es morralla como algunos pudieran creer. En nuestra opinión este variado material revela una comprensión global -enciclopédica, se diría entonces- de la sociedad mexicana, que intenta formular ideas y doctrinas a partir de la experiencia, antes que aplicar modelos abstractos refabricados.

Pequeños detalles, rasgos sutiles y gestos leves a menudo son más reveladores que lo que destaca en forma principal. Así, en el comienzo de la obra que comentamos el doctor Mora considera pertinente especificar la ortografía que adoptará y dice, entre otras cosas: “De la x jamás se hará uso antes de consonante y siempre será sustituida por s, en medio de dicción se usará de ella para la pronunciación de cs pero no en la de sc y jamás se usará de ella para la pronunciación fuerte de j.<sup>5</sup> Esto explica que Mora escriba Méjico y República Mejicana, del mismo modo que Lucas Alamán, pero no debe verse en esto un rasgo “hispanista”. Nos parece que lo más importante es constatar que, en una época en que las reglas ortográficas no estaban bien establecidas, Mora tiene el gesto fundacional de establecer un orden en las letras, en la grafía, en la lengua. Se observa aquí la carencia, la laguna que debe ser colmada y Mora se apresura a hacerlo.

En los primeros dos capítulos Mora describe la geografía del país así como el estado de la minería, y de la industria y el comercio, respectivamente. El capítulo tercero, muy interesante, se refiere a la población y comienza por una descripción de conjunto:

La población de Méjico, como la de todos los pueblos del Universo, no es otra cosa que el resultado de una mezcla complicadísima

---

<sup>5</sup> José María Luis Mora, Obras completas (volumen 4). Obra histórica I. México y sus revoluciones (investigación, recopilación y notas de Briseño Senosiain, Solares Robles y Suárez de la Torre), Instituto Mora / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.

de naciones que por diversas razones e imprevistas circunstancias han venido de puntos muy distantes a morar juntos sobre la superficie del territorio mejicano. Sus principales elementos han sido los habitantes del antiguo imperio mejicano, los conquistadores españoles que los vencieron y subyugaron y los negros conducidos de África para los trabajos más fuertes de las minas y el cultivo de la tierra.<sup>6</sup>

Mora estima que la población indígena tuvo su origen en la raza “mongolesa” del Asia y que desde la conquista española ha sufrido la esclavitud:

[Los indios] fueron no sólo vencidos y subyugados por los españoles, sino también reducidos en los primeros años de la Conquista a la más dura esclavitud a pesar de la humanidad que reina en las leyes dictadas para regirlos, que no fueron puestas en práctica sino algunos años después y que carecían de garantía por la distancia a que debían ejecutarse.<sup>7</sup>

Y si bien Mora expresa cierta simpatía hacia el indio con su mentalidad ilustrada reconoce, como se repetirá a lo largo del siglo XIX, que esta raza -excepción hecha de algunas individualidades- era un obstáculo para la fundación de una nación moderna, a la vez que comete grave anacronismo al aseverar que después de 300 años de dominación española la población indígena no varió en nada:

Tenazmente adicto a sus opiniones, usos y costumbres, jamás se consigue hacerlo variar; y esta inflexible terquedad es un obstáculo insuperable a los progresos que podría hacer: lo mismo han sido hasta la Independencia los mejicanos que los del tiempo de Moctezuma, sus vestidos, alimentos y hasta sus ritos y ceremonias se hallaban en absoluta conformidad con los de aquella época; y si el trato bárbaro y opresivo que recibieron primero de sus antiguos sultanes y después de los conquistadores no hubiera existido, el indio no sería el mismo que es ahora y habría en su carácter muy grandes diferencias.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 56. Mora todavía toma en cuenta el elemento negro que en el transcurso del tiempo será cada vez menos atendido y se llegará a reducir el mestizaje a la mezcla de indios y españoles. Seguimos la edición arriba citada, con excepción del uso de la x para la palabra Méjico y sus derivadas para no contrariar la voluntad expresa del autor; esto además nos sirve para ubicar en su propia época el texto.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 57-58.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 59.

Los pueblos, nos dice Mora, son moldeados por sus instituciones (“lo puede todo la educación”); por ello la mirada desprejuiciada del indio debía reconocer que en su antigüedad aquellos “sultanes” imperaban con gobiernos despóticos. Como veremos Riva se expresará treinta años después en términos similares: dirá que los conquistadores favorecieron al progreso al echar abajo a las monarquías indígenas. Por otro lado Mora deplora la apología a ultranza que hacen del indio quienes proponen “un sistema puramente indio”:

En que ellos lo fuesen exclusivamente todo; este proyecto irrealizable en todos los tiempos lo es mucho más en la situación actual de la República, en que la fuerza, la opinión, los conocimientos, los puestos públicos y la riqueza, está todo en poder y a disposición de los blancos...<sup>9</sup>

Se nos ocurre preguntarnos si la “terquedad” del indio y todos sus demás defectos provienen del hecho de ser indio o simplemente son producto de siglos de marginación. Pero aun si optamos por esta última posibilidad (que Mora tal vez no compartiría sino que señalaría los atavismos de la raza indígena) el hecho era que a principios del XIX la mitad de la población de México era blanca y la otra mitad “de color”; y más allá del color de la piel existía una cultura tradicional indígena que había hallado un nicho en el sistema colonial español, que le daba a veces un tratamiento tutelar propio de infantes (criticará Mora) pero también, con mucha frecuencia, lo hacía víctima de abusos y violencias indecibles. Entre las muchas peculiaridades del doctor Mora hay una singularísima y es el juicio que hace de las habilidades literarias de los indios:

El indio carece por lo común de imaginación aun cuando ha llegado a adquirir cierto grado de cultura; su expresión ya sea de palabra o

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 61.

por escrito es muy árida y descarnada: no se advierte en sus producciones aquella abundancia y vivacidad de imágenes, aquel ornato y colorido que embellece todos los objetos dando atractivos reales y positivos aun a las cosas más triviales: ni aun las metáforas más comunes que sin sentirlo se escapan bajo la pluma a cualquier escritor, engalanan las producciones del indígena, de aquí es su estilo desaliñado, inculto y concentrado en las arideces de un raciocinio pujado [sic], es por lo común poco agradable.<sup>10</sup>

No serían los indios, según Mora, los literatos, los historiadores del México independiente; y tuvo razón (salvo contadísimas excepciones). Y si Mora habla del ángulo facial de ciertas razas es por su afán de ser ilustrado (hoy diríamos científico) pero no por un espíritu de discriminación. Por más que fueran razones históricas y sociales, y no genéticas, las que dejaban fuera al indio del proyecto de un México moderno, el hecho es que en efecto no tenía cabida en él, salvo como mano de obra barata. Y es por eso que Mora se lamenta de que los beneficios de la nueva civilización, por ejemplo la libertad de imprenta, los indígenas no sabrían ni podrían aprovechar.

Mora reconoce que con el advenimiento de los borbones al trono de España se dio gran impulso a la prosperidad y a la instrucción nacional y brillaron los “trabajos científicos de Velásquez, Garna, Alzate, y los literarios de Uribe, Cerrato y Bravo que tanto honor hacen a la literatura mexicana”.<sup>11</sup> Y cuando se consigue la independencia este impulso ilustrado se fortalece y se difunde, a tal punto que tener libros llega a ser una “manía”:

La importación frecuente de libros y la manía o moda de tenerlos y estudiarlos es siempre creciente en la República. Por personas que han visitado recientemente las otras secciones de América sabemos que en ellas hay más bibliotecas públicas que en México; pero todos los que han residido en esta República convienen en que en ninguna de las otras hay tantas colecciones de libros; a pesar de la asombrosa importación que se ha hecho de este artículo de comercio y de estar enteramente libre de

---

<sup>10</sup> Ibid., p. 63.

<sup>11</sup> Ibid., p. 72.

derecho, ningún efecto se ha mantenido constantemente en tan alto precio. Esta observación que es justa y se halla apoyada en datos seguros, prueba de un modo evidente que la demanda mexicana es muy superior en este artículo a todos los otros.<sup>12</sup>

La multiplicación de impresos mexicanos de la todo orden, lo mismo que la importación de libros, es producto de la libertad de imprenta decretada en 1812 por las Cortes de Cádiz y afectó de manera directa a los historiadores. Todos los mecanismos que en la sociedad colonial velaban por la ortodoxia de lo que daba a luz la imprenta, y especialmente la Inquisición, ceden el paso a un liberalismo incipiente que provocará la multiplicación de los periódicos en todo el país, de las hojas sueltas, los folletos y los libros; cierto, diversos gobiernos restringieron la libertad de imprenta ya fuera por ley o por fuerza, pero la prensa libre llega a imponerse en una medida considerable, por más que la mayoría de los caudillos fueran intolerantes con la prensa política de oposición, pero jamás en el grado que lo había sido el Tribunal de la Fe.

En su análisis sociológico de los mexicanos Mora distingue tres tipos: los eclesiásticos, los militares y los paisanos. No viene al caso que repitamos nosotros lo que mejor ha dicho el doctor Mora, bastará con señalar que el autor hace severa crítica de los militares y del círculo vicioso de los cuartelazos, mas con el clero es igualmente severo y lo considera en plena decadencia:

... Las impresiones de un pueblo en favor de ciertas clases de las cuales ha recibido servicios importantes, tarde y difícilmente se borran; ellas se transmiten de generación en generación y subsisten aun después de haber faltado aquello a que debieron su existencia, siendo necesarios muy poderosos motivos para que cesen.

Así ha sucedido con el clero mexicano, su influjo muy útil al principio, empezó a dejar de serlo luego que variaron las circunstancias,

---

<sup>12</sup> Ibid., p. 74.

es decir luego que el gobierno de las colonias empezó a adquirir alguna regularidad; entonces comenzó a ser perjudicial, pues no teniendo ya el objeto noble que lo había creado, se quiso ejercer sin necesidad, fuera de propósito, y sólo para lisonjear el orgullo de los que se creían con derecho para disfrutarlo: en este estado fue ya un mal político de los más graves, y el gobierno civil se vio en la necesidad de contrariarlo para que no fuese una rémora de sus providencias ni entorpeciese su acción; mas como obraba en su favor la opinión del público y la posesión que es el título más popular y reconocido de todos se mantuvo a pesar de las providencias dictadas para hacerlo desaparecer, no fue decayendo sino por pasos muy lentos y de un modo casi insensible, hasta que la revolución mental que se ha obrado de cincuenta años a esta parte, lo redujo al estado en que actualmente se halla.<sup>13</sup>

Hoy día se reconoce sin dificultad que el clero se resistió por todos los medios a la reforma que para Mora era ya una necesidad, pero quizá hemos echado en el olvido es “revolución mental” a que se refiere el padre. Tal o cual periódico político o literario nos parece hoy poca cosa, pero entonces significaba, como dicen, la mar, especialmente si se considera en globo el fenómeno de la instrucción, la multiplicación de imprentas y editores, la franca mejoría de los espectáculos teatrales, la aparición de géneros tan revolucionarios como la novela, etcétera.<sup>14</sup> En el mismo sentido la importancia que da Mora a la etiqueta y las costumbres para algunos sólo servirá para reconstruir la vida cotidiana de aquella época; para nosotros son estos signos importantes de esa “revolución mental” de la cual la independencia fue el catalizador. Aun desde el destierro en París Mora utiliza como estrategia narrativa un optimismo difícil de valorar, pues de un lado fue profético al dibujar la República federal que tolerará la libertad de cultos, pero Méjico y sus revoluciones en su afán de divulgar “la buena nueva” -léase el liberalismo derivado de la Ilustración- anticipa una victoria que tardaría varias décadas en llegar y no da cuenta debida del poder muy

---

<sup>13</sup> Ibid., p. 97.

<sup>14</sup> Véase ibid., p. 101-103.

considerable de sus adversarios clericales, por más decadentes que los dibuje. Podemos entender ese optimismo contrafactual de Mora y otros escritores de su generación, pero para ello es preciso pensar esta época bajo su luz propia, que todavía tenía el recuerdo de la relativa prosperidad de la Nueva España y que, entre otras cosas, ignoraba que se perdería la mitad del territorio como resultado de la guerra contra los Estados Unidos. Cuando escribe Mora, en 1836, todavía se tenían buenos motivos para ponderar el espléndido potencial de la República, pero la tan anhelada modernización enfrentó todos los obstáculos que pudieran imaginarse y Mora y el vicepresidente Valentín Gómez Farías no fueron propiamente reformadores, sino precursores y la culpa de ello no fue suya sino del siglo.

Con todo Méjico y sus revoluciones es una obra de notable valor historiográfico y también de gran valor práctico; por ejemplo el detenido análisis de las instituciones coloniales,<sup>15</sup> que ocupa buena parte del tomo primero, es perfecto preámbulo para estudiar la Constitución de 1824. El segundo tomo de la obra, dedicado enteramente a la época colonial, se concentra en los diversos motines que en la época de Mora querían verse como antecedentes de la independencia y era esto, al parecer, lo esencial que podía rescatarse entonces de la dominación española (en lo cual coincidirá con Guillermo Prieto y también con el Riva de las novelas coloniales, como veremos más adelante). Llama la atención en Mora que en su historia no se ocupe de los indios antiguos. Al parecer el mundo prehispánico no formaba propiamente parte de la historia de México y, por otro lado, el período colonial no estaba muy bien asimilado, era un pasado demasiado inmediato y a sus ojos fundamentalmente negativo. Vemos aquí la estrategia de darle la espalda al pasado, que se observa con frecuencia cuando el regreso al pasado todavía se estima posible por

---

<sup>15</sup> Véase ibid., p. 124-197.

algún partido; el principal escollo de negar el pasado consiste en que las naciones y los pueblos no se hacen a partir de la nada, de cero, sino precisamente, en la raigambre de su historia concreta. En cuanto al aparato crítico brilla por su ausencia y salvo alguna mención de Campomanes, de Humboldt y otros más nada nos dice el autor de sus lecturas; en aquella época en que todo había que inventarlo el momento de la invención de las notas a pie de página apenas se iniciaba y era preciso confiar en que el escritor no distorsionaría las fuentes a favor de sus inclinaciones, cosa que las notas no remedian salvo como mecanismo de verificación para los expertos.

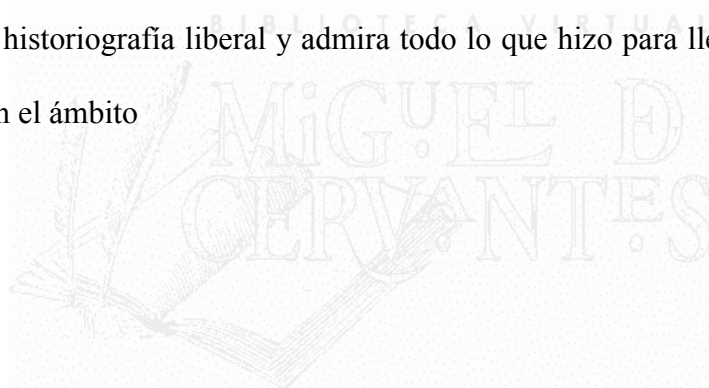
Mora practicaba, sin saberlo, aquella fórmula acuñada por don Jesús Reyes Heróles: historia y acción, donde el conocimiento del pasado estaba muy lejos de la frívola curiosidad de los anticuarios; no, la historia debía servir de guía para el porvenir y su principal función era la de proporcionar los elementos para mejorar la sociedad. Sin embargo, a nuestro parecer, Reyes Heróles se propuso incorporar a la práctica política de su tiempo el liberalismo en su sentido más positivo, pues para él el pasado era fuente de valores y tradición;<sup>16</sup> Mora, en cambio, renegó del pasado colonial que es para él un referente negativo, excepción hecha de algunas de las reformas ordenadas por la dinastía de los Borbones. Por otro lado el afán pragmático condujo también a que Méjico y sus revoluciones tuviera cierto carácter “presentista”, es decir que para el autor el pasado es un dato que se debe tener en cuenta, pero la “revolución mental” surgida de la Ilustración convertía a la suya en una época enteramente nueva, inédita y cuyo mayor sentido estaba más en el porvenir que en el pasado. Para ilustrar este punto mencionemos, en contraste, la Obra de Clavijero,<sup>17</sup> que tiene mayor profundidad histórica y mejor instinto al reconocer que este país tenía que dar cuenta de su pasado indígena no sólo por razones historiográficas sino para formar una identidad reconocible, auténtica y -añadiríamos nosotros- independiente.

---

<sup>16</sup> Jesús Reyes Heróles, El liberalismo mexicano, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Derecho, México, 1957-1961, 3 vols.

<sup>17</sup> Mora seguramente conoció la obra de Clavijero, si no la edición princeps (Storia Antica del Messico, Georgio Bisiani, Cesena, 1780), tal vez alguna de las ediciones en inglés de 1787 o 1806; parece indudable que conociera la traducción al español del original toscano realizada por José Joaquín de Mora: Historia antigua de México: sacada de los mejores historiadores españoles, y de los manuscritos, y de las pinturas antiguas de los indios, por Francisco Saviero Clavigero, R. Ackerman, Londres-México, 1826, 2 vols. Además de ésta hay otras ediciones en español publicadas en 1844, 1853, 1861-1862, 1868 y 1883, por mencionar sólo las del siglo XIX.

Historia y acción es un lema que va con Mora y también con Riva, pues ambos cultivaron la historia y fueron actores políticos de considerable relieve, pero hay entre ellos varias divergencias que deben atribuirse a la diferencia de época pues, por un lado, Mora no recibió más estipendio que cierto número de ejemplares por escribir Méjico y sus revoluciones<sup>18</sup> y uno de los tomos no llegó a publicarse, en tanto que Riva contó con todo el apoyo oficial, un equipo de colaboradores y sobre todo tuvo la ventaja de saber que el clero en efecto llegó a perder su antiguo poder y que la República triunfó en Querétaro en 1867. Mora lo más que pudo hacer fue partir de la premisa de que tal cosa sucedería, pero en su época esto era todavía una ficción, una quimera o, si se prefiere, una hipótesis. Pero es incuestionable que Mora abrió el camino y marcó la huella para la historiografía liberal y admira todo lo que hizo para llenar el vacío que dejó la independencia en el ámbito



---

<sup>18</sup> Véanse las condiciones que pactó Mora con los editores para la publicación de esta obra en José María Luis Mora, op. Cit., vol. 4, p. 289-293.

hacendario, político, institucional, legislativo e historiográfico, que como obra de un solo hombre resulta verdaderamente notable.

#### Teoría literaria y teoría de la historia (1844)

En este apartado quisiéramos contrastar el México a través de los siglos de Vicente Riva Palacio con cuatro artículos relativos a la teoría literaria mexicana y a la preceptiva que datan de 1844. Los autores de estos textos son José María Lafragua, Francisco Ortega, Guillermo Prieto y Luis de la Rosa, y fueron publicados en las revistas que en aquella época reunían a los hombres de letras más destacados.<sup>19</sup> Nuestro objetivo básico es restaurar la ubicación que en el siglo XIX tenía la historiografía en el conjunto del saber, pues de ahí se derivan serias implicaciones.

En primer lugar notamos que, en efecto, la historia es considerada como una rama de la literatura. Francisco Ortega inicia su ensayo “Sobre el porvenir de la literatura”,<sup>20</sup> con estas palabras:

En ninguna de las épocas del mundo civilizado se ha cultivado la literatura con más generalidad que en la presente. La historia, la biografía, la crítica, la novela, la poesía dramática, la lírica, todos los ramos de las bellas letras se enriquecen diariamente de una manera asombrosa.<sup>21</sup>

Por su parte Luis de la Rosa abre así su discurso sobre la “Utilidad de la literatura en México”.<sup>22</sup>

Señores: Uno de los estudios más amenos y deliciosos para nuestra alma, es el de la literatura, ú comprendemos bajo esta denominación los idiomas, la oratoria, la poesía, todos los escritos inspirados por la imaginación o que son la expresión de un sentimiento, la historia y todos los ramos anexos a ella.<sup>23</sup>

---

<sup>19</sup> Estos trabajos se pueden consultar en el importante libro de Jorge Ruedas de la Serna (coordinador), La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX, Universidad Nacional Autónoma de México / Coordinación de Humanidades, México, 1997 (Ida y vuelta al siglo XIX).

<sup>20</sup> Francisco Ortega, “Sobre el porvenir de la literatura”, Discurso leído en el Ateneo Mexicano el 23 de abril de 1844, en El Ateneo Mexicano, vol. IV, 1844, p. 109-112.

<sup>21</sup> Ibid., p. 109.

<sup>22</sup> Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, en El Ateneo Mexicano, vol. IV, 1844, p. 205-211.

<sup>23</sup> Ibid., p. 205.

Resulta muy interesante un señalamiento de Lafragua en su discurso “Carácter y objeto de la literatura”<sup>24</sup> en el que enfatiza el fin moral de la literatura, mediante el artificio de contrastarla con la escritura de la historia, a la cual sí le corresponde apegarse estrictamente a la verdad, a su parecer sin moralizar:

la literatura no es la historia. Refiera ésta en buena hora los acontecimientos tales como hayan sido; pero guárdese mucho aquella de acabar de corromper el corazón al expresar el pensamiento de la sociedad. Pinte a ésta sin exagerarla; forme un cuadro de las costumbres para mejorarlas; y por entre los recuerdos de lo pasado y los ejemplos de lo presente deje columbrar al hombre una esperanza de felicidad para el porvenir.<sup>25</sup>

Como puede verse aquella generación no confundía a la historiografía con la literatura de ficción de ficción; la búsqueda de la verdad en la historiografía no era algo secundario sino un asunto toral. Pero aun así quedaba comprendida dentro de la Literatura con mayúsculas. Con todo, esta contradicción no debe soslayarse; y quizá su resolución sólo pueda hallarse investigando cómo cada autor hizo frente a este problema.

Por otro lado referir “los acontecimientos tales como hayan sido” no era una tarea sencilla. En el mismo año de 1844 comenzaron a publicarse las Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana de Lucas Alamán, uno de los muy escasos trabajos dedicados a la dominación colonial en esta época; pensamos que Alamán era hombre de mucha inteligencia y probidad que intentó de veras narrar “los acontecimientos tal como hayan sido”. Pero su versión no fue satisfactoria para amplios sectores; se traen a colación siempre sus inclinaciones ideológicas (conservadoras), pero además de esto deben considerarse las dificultades propiamente literarias (especialmente de composición), que presentaba el escribir un libro sobre el gobierno español en México. El problema básico consistía en que la principal justificación de la independencia era que había puesto final al

---

<sup>24</sup> José María Lafragua, “Carácter y objeto de la literatura”, en El Ateneo Mexicano vol. I, 1844, p. 1-5.

<sup>25</sup> Ibid., p. 5. El concepto de este autor sobre la literatura es problemático porque aquí la deslinda de la historiografía, pero antes ha dicho que la literatura es “la expresión moral del pensamiento de la sociedad” y que “cubre con sus protectoras alas a todas las ciencias y a todas las artes”.

“despotismo” vivido en tiempos coloniales. Esto ponía un “estigma” (como veremos mas adelante que dirá Guillermo Prieto) en el régimen colonial que conducía a dos posturas insostenibles: la de desacreditar en forma absoluta a la Colonia, como hizo Bustamante en su edición, notas y suplemento a Los tres siglos de México del padre Cavo, que conducía a una visión distorsionada que no era creíble (esta postura se llamaría indigenista); o bien la de tomar la defensa de la obra colonizadora de España en México, como hizo Alamán en sus Disertaciones, lo cual terminaba por negar el valor de la independencia, que en tales términos resultaba absurda, y hacía estéril el trabajo de los últimos treinta años, esta postura era igualmente insostenible (y se llamaría colonialista). Para efectos de composición (y por supuesto de interpretación) faltaba a ambas estrategias un dato fundamental: que a futuro la república triunfaría; es decir que les faltaba conocer el final de la historia.

Quisiéramos ahora examinar el que debe considerarse como problema central para estos autores, a saber, el de si en 1844 existía una literatura que ya pudiera llamarse propiamente mexicana. Para no ser prolijos nos concentraremos en la opinión de Guillermo Prieto, plasmada en “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”.<sup>26</sup> De los tiempos prehispánicos no se ocupa. De la colonia dice que nuestra sociedad no era “sino una fracción degradada de la de los descendientes de Pelayo”.<sup>27</sup> Y no habiendo libertad de pensamiento, ni “pueblo” no podía haber literatura. Lo único que puede elogiar de aquella “sociedad soñolienta y monástica, conjunto peregrino de señores y siervos”<sup>28</sup> es la diligencia de muchos sabios cronistas que “salvó del naufragio del olvido el recuerdo de un pueblo que podía competir en civilización.”<sup>29</sup>

---

<sup>26</sup> Guillermo Prieto, “Algunos desordenados apuntes que pueden considerarse cuando se escriba la historia de la bella literatura mexicana”, en El Museo Mexicano, vol. IV, 1844, p. 354-360.

<sup>27</sup> Ibid., p. 354.

<sup>28</sup> Ibid., p. 354.

<sup>29</sup> Ibid., p. 355.

Prieto señala que vino después la influencia nefasta del gongorismo (en el XIX el o era equivalente del mal gusto, de lo bárbaro, como lo refrenda Riva<sup>30</sup>), pero el problema principal consistía en que “el poeta no tenía misión, carecía de sociedad a quien dirigirse; por mejor decir, la sociedad en que existía no tenía vida propia.”<sup>31</sup> En consecuencia, no pudo nacer entonces una literatura porque: “Faltaba al canto del bardo, espontaneidad, independencia, no había inspiración, era eco de otra sociedad gastada...”<sup>32</sup> Este sentido de “misión”, es decir que el literato debe contribuir al engrandecimiento y civilización de la patria es característico del romanticismo mexicano y lo distingue del europeo. No bastaba que una composición fuera bella, era preciso que fuera útil; esta es una estrategia que la Ilustración divulgó, pero está ya presente en Horacio.

Más adelante Prieto anota que los temas nacionales presentaban para el escritor colonial (y podría agregarse que en gran medida también para el escritor del siglo XIX) varias dificultades de orden político, otras de composición y otras más que iban contra el gusto de los lectores:

referirse a los indios era expuesto, porque su historia carecía de prestigio, sus personajes habían caído en la abyección, y la depravación y el cálculo habían en un tiempo hasta puesto en duda la racionalidad de estos seres desgraciados. La historia de la conquista era en extremo monótona, y tal cual episodio de que pudiera haberse sacado partido, eran precisamente tentativas de libertad, que su reproducción se hubiera visto como un crimen.<sup>33</sup>

A nosotros nos llama especialmente la atención la idea de que la historia colonial fuera “en extremo monótona”. Aunque aquí es preciso recordar que en el siglo XIX se escribía una historia esencialmente política y, según la expresión francesa, “évènementielle”. Por eso Riva en su tomo sobre el virreinato repetirá lo mismo:

---

<sup>30</sup> “Acúsase de culteranismo a los poetas mexicanos del siglo XVII; realmente puede ser fundado ese juicio, y natural que la poesía se extraviara así, llegando de la corte el ejemplo.” Véase VRP, México a través de los siglos, Espasa y Compañía, editores, 1884-1889, t. II, p. 742.

<sup>31</sup> Prieto, “Algunos desordenados apuntes...”, loc. cit., p. 355.

<sup>32</sup> Ibid., p. 355.

<sup>33</sup> Ibid.

Vanamente se buscarán en la historia de los tres siglos que abraza el período de la dominación española en México, esos grandes acontecimientos que perpetua resonancia dejan en el mundo; inútilmente querrán encontrarse allí esas luchas apasionadas de los partidos políticos o religiosos; esa efervescencia de los ánimos, tan fecunda en deslumbrantes rasgos de virtudes o de valor, que caracterizan en las épocas críticas de los pueblos las grandes convulsiones de la madurez y la virilidad.

Periodo tranquilo de crecimiento interrumpido apenas por tumultos locales y sin, consecuencias, o por invasiones piráticas en las costas que no tenían más resultado que el saco o destrucción de algún puerto, la vida de la colonia se deslizaba sin ruido y sin brillo. Las noticias de la corte que una o dos veces al año llegaban con las flotas, las funciones religiosas, los actos literarios de la Universidad y algunas veces las ejecuciones de justicia o los autos de fe, eran los acontecimientos que turbaban la monotonía de aquella existencia.<sup>34</sup>

Otro punto en el que coinciden Prieto y Riva (lo mismo que el doctor Mora, ya citado) es que, para narrar el período colonial, había que sacar partido de las “tentativas de libertad”. En efecto, las seis novelas coloniales de Riva Palacio tienen como telón de fondo algún episodio relacionado con los afanes de levantar la tierra contra el dominio español: por ejemplo, el tumulto de 1624, la presencia en México de “el Tapado”, la soñada revolución del irlandés Lampart, etcétera. Y en el México a través de los siglos estos episodios tienen también un papel preponderante. Estas interpretaciones parecen funcionar con la idea de fondo de que la “Providencia” tenía desde siempre el plan de que México fuera independiente y libre; en términos científicos el procedimiento no es válido, pero tenía a su favor que encajaba muy bien en la mentalidad de los lectores del siglo XIX.

En verdad, hoy es fácil decirlo, es injusto el juicio de Prieto sobre la época colonial. En cuanto a las ciencias, dice: “las controversias científicas se reducían a vergonzosos desahogos de pasiones de colegios”<sup>35</sup>; y en cuanto a las letras: “Todos eran pastores que cuidaban borreguitos pintos, que se veían sus rostros en las fuentes, que escribían en los árboles sus partidas de bautismo.”<sup>36</sup> Era el rechazo a todo lo español. Y es que en la medida que había todavía en el país un partido monarquista, los liberales parecían

<sup>34</sup> VRP, México... loc. Cit., t. II p. XII.

<sup>35</sup> Prieto, “Algunos desordenados apuntes...”, loc. cit., p. 355.

<sup>36</sup> Ibid., p. 356.

considerar preciso realizar una tarea de zapa de los fundamentos, de las instituciones y de “supuestos” logros del virreinato de la Nueva España.

Vino después -dice Prieto- la guerra de Independencia y el triunfo que parecía propicio para la poesía heroica pero entonces:

las agitaciones políticas levantaron en un oleaje un trono, y los que a él se acercaban, se tornaban pigmeos y sin prestigio; se degradaron los hermosos tipos de la independencia; su cercanía a nosotros los hacía despreciables, los veíamos con sus aspiraciones, con sus debilidades de hombres, y la luz sobrenatural que los circueva en el combate, se disipaba, se convertía en fría realidad, y la imaginación desencantada, hubiera ridiculizado o creído aduladores, los vehementes raptos del poeta.<sup>37</sup>

Desprestigiados los indios, estigmatizados los conquistadores, degradados los héroes de la Independencia, el poeta no tenía a quien cantar y por ello -según Prieto-1821 no fue momento oportuno para el surgimiento de una literatura nacional. Era preciso primero que se aclimataran las literaturas de otros países, que se conocieran los nuevos preceptistas de la poética y la estética. Luego surgieron en México los periódicos literarios y brilló la inspiración de (Prieto menciona sólo algunos) Tagle, Heredia, Ortega, José María Lacunza, Calderón, Couto, Carpio, Pesado, Olaguibel, Quintana Roo y por fin, en 1836, surge la Academia de Letrán cuyo principal objetivo era “procurar esa nueva era de una literatura del país.”<sup>38</sup> Prieto termina haciendo honor a los fundadores: Juan y José María Lacunza, Manuel Tossiat Ferrer y Guillermo Prieto, que por extensión serían también los dadores de la literatura nacional.

La opinión de los otros autores que comentamos sobre la existencia de una literatura nacional propiamente dicha es variada. Lafragua parece coincidir con Prieto: “acabamos de nacer; la literatura mexicana está, pues, en la cuna.”<sup>39</sup> De la Rosa piensa que

---

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 358.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 360. La visión histórica del pasado literario en nuestro país que presenta Prieto es muy similar a la que ofrece De la Rosa, en su obra citada “Utilidad de la literatura en México”; véanse en especial las pp. 210-211.

<sup>39</sup> Lafragua, “Carácter y objeto de la literatura”, *loc. cit.*, p. 5.

aun no se ha formado, pero que señala su formación es urgente.<sup>40</sup> Ortega, de un modo vago, le augura un porvenir espléndido a la literatura en general.<sup>41</sup>

En cuanto a reflexión sobre la historia propiamente dicha y la manera de escribirla, es Luis de la Rosa quien más abarca. Pero no pensemos en la historia que se escribe hoy; en lugar de eso intentemos comprender la historia que a mediados del siglo XIX se creía necesaria. Dice Rosa:

Nadie negará la utilidad de la historia, nadie desconocerá que, para escribirla se necesita un gran fondo de filosofía, una vasta instrucción, una erudición selecta, y una imaginación viva y ardiente.<sup>42</sup>

Pero cuidado también con el lenguaje de la época, porque entonces, al menos en este contexto, la palabra “filosofía” significaba algo bien distinto. Sigue diciendo Rosa:

Sin filosofía, es decir, sin el conocimiento del corazón humano, sin el estudio de sus instintos y pasiones, la historia es una relación cansada y fastidiosa, que no tiene interés alguno, porque el lector no sabe qué moralidad pueda sacar de los hechos que tan áridamente se refieren.<sup>43</sup>

Aquí interesa sobre todo destacar el papel de moralización que se le atribuye a la historia, lo mismo, según vimos antes, que a la literatura en general. De nuevo tenemos aquí la idea de que el escritor, en este caso de historia, tiene una misión moral que cumplir en la sociedad; no se trata únicamente de un trabajo “científico”. Por otro lado tiene mucha razón Rosa cuando dice que se necesita experiencia en el mundo y conocimiento del ser humano para historiar, así dicen los anglosajones: “History is an old man’s sport”.

Por otra parte Rosa le pide al historiador una vasta instrucción que incluya el conocimiento de la geografía, la historia natural, la astronomía, “algunas nociones de ciencias exactas, la estadística, la legislación, las opiniones y sistemas religiosos”, sin faltar, por supuesto, la cronología.

---

<sup>40</sup> De la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, *loc. cit.*, p. 210.

<sup>41</sup> Ortega, “Sobre el porvenir de la literatura”, *loc. cit.*, p. 112.

<sup>42</sup> De la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, *loc. cit.*, p. 209.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 209-210. Subrayado nuestro.

Mas todos estos conocimientos no sirven de nada si el historiador carece de luces: “Pero sin crítica, sin luces para discernir la verdad o la falsedad de los hechos, la historia no puede ser más que una fábula o una novela”.<sup>44</sup>

En cuanto a las fuentes a que debe acudir el historiador son necesarias: “la mitología del país, sus fábulas, sus tradiciones, sus crónicas, las más importantes memorias la época, la bibliografía, las obras de los historiadores que le han precedido, y la crítica que se ha hecho de estas obras.”<sup>45</sup> Y a esto habría que añadir los idiomas del país, su literatura y las biografías de sus personajes célebres.

Todo esto suena a lugar común, pero en este punto Rosa hace énfasis en el carácter literario de la historiografía (al contrario de Lafragua que, lo hemos dicho, opta por subrayar el contraste del discurso literario con el historiográfico), al señalar la importancia que el historiador conmueva los corazones, es decir los sentimientos. Creemos que vale la pena citar completo un párrafo interesante:

Pero todavía si a más de tanta instrucción y erudición, y el grande talento que se necesita para aprovechar tan inmenso caudal de luces, no posee el historiador una imaginación viva y una ardiente fantasía, los cuadros de la historia serían inanimados y no dejarían impresión alguna en el espíritu de los lectores, ni conmoverían el corazón profundamente. Es cierto que la historia no debe ser sino la relación fiel de los hechos y su más verídica exposición; pero la imaginación es necesaria para dar a los hechos que se refieren y a las escenas que se describen, ese tinte de verdad, ese colorido de vida, ese tono dramático que es necesario para dar interés a los hechos que se refieren y hacer que se graben en la memoria.<sup>46</sup>

La interpretación de este texto no es sencilla, porque actualmente relacionamos directamente la objetividad con la verdad, y la fantasía con la ficción. Y por eso puede parecer una contradicción el sostener que la imaginación aporta, precisamente, “ese tinte de verdad”; es decir, hace verosímil lo que de otro modo, aunque fuera un hecho irrecusable, podría no parecerlo. Para Rosa el historiador no puede detenerse en la simple narración de la verdad, sino que es preciso convertirla en un discurso que la haga verosímil.

---

<sup>44</sup> Ibid., p. 210.

<sup>45</sup> Ibid.

<sup>46</sup> Ibid.

Y esto se logra gracias al “colorido de vida”, al “tono dramático” que se le puede dar a la historia si se tiene una buena formación literaria. Y el objetivo final no es que el autor luzca sus habilidades, sino “dar interés a los hechos que se refieren y hacer que se graben en la memoria”; es decir que la misión didáctica del historiador aparece de nuevo como su principal razón de ser.

Cada vez resulta más claro para nosotros que los estrechos vínculos entre historia y literatura obligan, en los tiempos actuales, a un acercamiento multidisciplinario. Así lo ha dicho Marisa Lajolo al proponer que se debe propiciar la:

necesaria interdisciplinaridad de los estudios que quieran dar cuenta de las relaciones entre historia, literatura e historia de la literatura, señoras que se entretienen en susurrar a los oídos de quien las quiere comprender que la donna é mobile.<sup>47</sup>

En suma, hemos analizado los textos de cuatro autores: De la Rosa, Lafragua, Prieto y Ortega que en nuestro siglo siempre han sido considerados como literatos pero, así sea sesgadamente, nos hablan de diversos puntos de teoría y método de la historia. Resulta evidente que no podemos aplicar la especialización profesional de nuestros días al lejano año de 1844 y - lógicamente- tampoco podemos creer que un libro de historia de hoy es lo mismo que uno de entonces, por más que aquellos autores pusieran notas al pie de sus páginas y por más que ahora se anuncie un regreso de la narrativa, con frecuencia mal entendida, pues se dan casos de novelas con notas al pie de página y de libros de “historia” que prescinden de las notas.

#### Polémica Lacunza - De la Cortina (1844)

El 18 de agosto de 1843, como una derivación de las Bases Orgánicas, se puso en vigor un nuevo plan de estudios preparatorios que establecía un curso semestral “de historia general y la particular de México”. La Junta de Notables que propuso el cambio, de

<sup>47</sup> Marisa Lajolo, “Literatura e história da literatura: senhoras muito intrigantes”, en História da literatura. Ensaio, Editora da Unicamp, Campinas, 1994, p. 31.

advocación conservadora, mostró con este gesto una mayor estima de los estudios históricos que la que habían mostrado los liberales (lo mismo que el texto de Larráinzar -conservador- de 1865, que analizaremos más adelante), siendo para ellos los valores formativos de la historia “el conocimiento de la misma como medio de salvación, estabilidad y conservación”<sup>48</sup> Lacunza era profesor de historia en el Colegio de San Juan de Letrán y publicó su lección primera en el Museo Mexicano (originalmente fue un discurso, inaugural de su cátedra). El conde de la Cortina respondió con una crítica en *El Siglo diecinueve*, el 8 de febrero de 1844 y se inició así la polémica con el intercambio de argumentos, los cuales fueron publicados en *El Siglo*.

Mencionemos algunos rasgos biográficos José María Lacunza (1809-1869). Nace en México y es hermano de Juan Nepomuceno. Estudia en el Colegio de San Juan de Letrán y funda, ahí mismo en 1836, la seminal Academia de San Juan de Letrán, junto con su hermano, Guillermo Prieto y Juan Manuel Tossiat Ferrer. No escapa a la política y es ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, durante el gobierno del presidente Herrera y luego del emperador Maximiliano; Lacunza es otro conservador de gran valía. Luego se exilia en Cuba, donde muere admirando la raza mixturada y africana.

José Gómez conde de la Cortina (1799-1860) nació y murió en México. Fue mecenas de muchos escritores. Pocos ricos y aún menos nobles se dedicaron a la literatura con el celo del conde. Habrá tal vez otros coleccionistas y bibliófilos, pero sólo los Alamán, los García Icazbalceta y los Pimentel se te asemejan en su calidad de burgueses ilustrados y letrados: todos ellos conservadores.

El conde, según afirma en erudito opúsculo María del Carmen Ruiz Castañeda, hizo los siguientes estudios: “A los quince años de edad pasó a estudiar lógica y retórica en el Colegio de San Antonio Abad de Madrid y, más tarde, matemáticas, física, dibujo y

---

<sup>48</sup> Juan A. Ortega y Medina (selección y estudio preliminar), *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1970 (Serie documental, 8), p. 75.

delineación en la Academia de Zapadores de Alcalá de Henares, donde obtuvo el grado de oficial de ingenieros y desempeñó la cátedra de geografía militar”.<sup>49</sup> En 1829 ingresó a la Academia de la Historia de Madrid. Ocupó en México cargos importantes entre 1836 y 1846. Fue miembro de diversas sociedades científicas y literarias. Publicó artículos en diversos periódicos y dirigió El Zurriago de orden literario. Autor de obras eruditas: Nociones elementales de numismática (1843), Diccionario de sinónimos castellanos (1845), Biografía de Pedro Mártir de Anglería (1858) y otros. Además fue traductor.

Entre la nómina de los historiadores no siempre se hallará al conde de la Cortina, pero la naturalidad con que entabla un debate historiográfico es una prueba más de la liga que existía entonces entre historia y literatura.

Los argumentos de Lacunza

Lacunza comienza con un gesto reverencial y no podemos descartar que lo dirija al general y presidente don Valentín Canalizo: destaca la importancia que tiene un hombre ilustre “árbitro de los destinos de sus contemporáneos”.<sup>50</sup> Luego dice que el estudio de ciertas civilizaciones es de poca utilidad. Así “las naciones que poblaron nuestro continente antes de su descubrimiento por los europeos. Todas estas naciones en calidad de tales, han sido borradas de la faz de la tierra por el dedo de Dios. Como naciones han cesado enteramente de existir. Sus ejércitos fueron vencidos, y en pos cayeron sus tronos: murió el cuerpo social con sus costumbres y con sus leyes, con sus religiones, y aun con sus dioses.”<sup>51</sup> Sólo somos sus sucesores en cuanto que habitantes de la misma tierra, pero el

<sup>49</sup> María del Carmen Ruiz Castañeda, El Conde de la Cortina y “El Zurriago Literario” Universidad Nacional Autónoma de México / Centro de Estudios Literarios, México, 1974, p.5-6.

<sup>50</sup> José María Lacunza, “Discurso primero”, en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., p. 82.

<sup>51</sup> Ibid.

estado social que hoy tenemos ha sido llamado a la existencia desde el momento en que las naciones sucumbieron.”<sup>52</sup>

Aquí Lacunza dice muy claramente que México tuvo su origen en la conquista y, la cultura indígena desapareció con ella, no es parte integral de México sino sólo una especie de antecedente notarial sobre los antiguos poseedores. Es obvio que Lacunza no niega que sigue habiendo indígenas en México, sino que esas naciones, en cuanto tales, desaparecieron. También es evidente que Lacunza no habla por todo México, sino por la élite moderna. El lugar desde donde escribe Lacunza no tiene cabida para los indios, pero en este punto, como veremos, los liberales tampoco hallan el modo de incorporar al indígena contemporáneo.

¿Cuál era la función del curso de Lacunza? No formar anticuarios sino educar a los futuros funcionarios (era grande la necesidad de todo tipo de empleados de alto nivel) para alternar en la sociedad, así en el círculo pequeño de las relaciones individuales, como en el mayor de las internacionales, a que algunos de vosotros seréis llamados por la patria en el transcurso del tiempo”.<sup>53</sup>

Destaca Lacunza que hay ciertas civilizaciones que son las importantes: la de Israel, la de Jesucristo, Grecia, Italia y Roma, los bárbaros de Alemania y destaca la importancia de éstos. Aquí debemos de entender que todavía en esa fecha la historia por antonomasia es la historia del cristianismo; por ello resultaban tan importantes las invasiones de los bárbaros que echaron abajo al imperio romano y propulsaron la expansión de la cruz. Ahora, en que Roma se aprecia más en su etapa clásica que en la de los papas, mirarnos de otra manera esas invasiones que pusieron fin a los césares. Lacunza pensaba que en los tiempos modernos ya no había pueblos protagónicos, lo cual parece expresar los buenos deseos de que México halle un sitio entre las naciones, pero esto costaría dos cruentas invasiones extranjeras.

---

<sup>52</sup> Ibid., 53

<sup>53</sup> Ibid., p. 82-83.

Es interesante la información que da Lacunza sobre la enseñanza de la historia en, los colegios de la ciudad de México:

Toca ya el punto de si en los demás colegios hay cátedras de Historia; y vuelvo a decir que sí las hay: y voy a nombrar a usted los profesores: en el de San Idefonso, el señor Rada, y se estudia el Tyeler; en el Seminario, el doctor Vera y se estudia el Compendio de Anquetil; en San Gregorio el licenciado Aguilar y se estudia el Discurso de Bossuet.<sup>54</sup>

Lacunza termina sus comentarios con una nota de optimismo, con la esperanza de que la enseñanza de la historia mejorará paulatinamente. Y no olvida en esta su tercera réplica una cortesía con De la Cortina pues reconoce “su celo por la literatura”.<sup>55</sup>

#### Réplica del conde de la Cortina

Las respuestas del conde de la Cortina están escritas en un lenguaje galano y destilan una erudición de buena ley. También demuestra sus habilidades de polemista al torturar un poco los textos de Lacunza, cuando lamenta que se quiera enseñar historia: “por medio de extractos descarnados, tomados de éste o de aquél autor, y reducidos a narraciones mezquinas y ridículas”.<sup>56</sup>

Para el conde es imperativa la bibliografía de los clásicos griegos y romanos, no menos esencial es la geografía y también es imprescindible la cronología. Y si esto parece mucha exigencia a los profesores les pide:

Si el profesor no se halla en estado de traducir correcta y prontamente las obras históricas escritas en griego, latín, francés, inglés y alemán, hay un fuerte motivo para sospechar que no puede ser buen profesor de Historia, porque no es probable que lo sea el que se ve reducido a valerse de interpretaciones ajenas para aprender la Historia, esto es, la ciencia que más que otra ninguna necesita de la comparación,

<sup>54</sup> “Réplica tercera. (Profesor Lacunza)”, en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos... loc. Cit., p. 123.

<sup>55</sup> Ibid.

<sup>56</sup> “Carta primera. (Conde de la Cortina), en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos... p. 90.

de la pureza de orígenes, del juicio propio, de la certeza y de la antorcha de la crítica.<sup>57</sup>

Ante estas exigencias resulta natural que el conde proponga comenzar la enseñanza de la historia en México trayendo profesores de Europa.

Varias veces se refiere el conde a la historia como ciencia,<sup>58</sup> pero a la vez dice, como sinónimo de historiadores: “entre los literatos”.<sup>59</sup> Hasta donde puedo colegir, para ellos “ciencia” equivale a pensamiento racional, hoy más parece significar vulgarmente verdad a secas, pero los sabios tienen sus reservas; por ello no hay conflicto en ellos al hablar de ciencia y literatura, indistintamente, para referirse a la historia. Hoy es más difícil que literatura significa ficción, es decir lo no verdadero; sin embargo De Certeau sostiene brillantemente que la historia es, en efecto, ciencia y ficción.<sup>60</sup> Para precisar el concepto que se tenía de ciencia citaremos un texto de Lacunza que publicó después, sin conexión directa con la polémica con el conde de la Cortina:

Pero entre las ciencias morales y las físicas hay una diferencia notable, los hechos del mundo material relativos a las segundas, están enteramente a disposición del profesor: si no está satisfecho de la descripción que ha oído o leído, puede repetir el experimento y colocar los cuerpos en la misma disposición cuantas veces lo juzgue necesario; puede aun hacer al experimento las modificaciones que le sugiera su cálculo o capricho; pero el sabio moral, excepto en circunstancias muy particulares, no tiene a su disposición los hombres o los pueblos, nada puede añadir al experimento tal como se lo presenta, ni aun repetido-, necesita entregarse a la narración que se le hace y esta narración es la Historia. Inútil es decir que no ya la falsedad, pues ésta sería lo peor, sino aun la sola omisión de algunas circunstancias en el hecho, basta para dar a las consecuencias el carácter del error; pero si es necesario advertir que en estas circunstancias no son en tanto número como se cree comúnmente y

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 93. Subrayado nuestro.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 99 y 101, por ejemplo.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>60</sup> Michel de Certeau, La escritura de la historia (traducción de Jorge López Moctezuma), Universidad Iberoamericana, México, 1985. Véase el capítulo IX: “La ficción de la historia. La escritura de Moisés y el monoteísmo”, donde señala la ambivalencia del término “ficción” que a veces significa “dar forma” (*figere*) y otras veces “un disfraz o un engaño”.

que hay algunas que contribuyendo en gran manera a la belleza e interés de la narración, son sin embargo poco menos que [nada] para la ciencia.<sup>61</sup>

El conde hace un comentario que en principio desconcierta, cuando dice que no se puede enseñar ninguna ciencia, que en todo caso se encamina al alumno para que por su propio esfuerzo aprenda. Pero, pensándolo bien, es bien probable que el conocimiento verdadero sólo pueda conseguirse por el propio esfuerzo; los maestros nos guían, nos ahorran tiempo, nos afinan el gusto y la crítica y sólo por esto nuestra deuda es grande. El conde termina sus alegatos con una fina cortesía:

La máxima gutta cavat lapidem es una verdad eterna. Si usted [señor Lacunza] llega a establecer en México el verdadero estudio de la Historia, o de cualquier otra ciencia; merecerá usted muy justamente la gratitud de su patria; y pues que el cielo quiso concedernos a usted y a mí la misma cuna, nadie podrá privarnos de una parte de la gloria que usted se adquiera. Viva usted persuadido de eso, así como del afecto que le profesa S.S.S.Q.B.S.M. J. Gómez de la Cortina.<sup>62</sup>

Podemos recapitular esta polémica diciendo que nacen las primeras cátedras de historia en la preparatoria y, al mismo tiempo, surge el debate sobre su enseñanza; si no hubiera enseñanza no tendría sentido la crítica de la misma. De la Cortina, más erudito, quiere profesores excelentes, una amplia bibliografía y un extenso plan de estudios. Lacunza, sabio pero en desventaja respecto al conde, tiene el problema urgente de aplicar algún método de enseñanza, con los medios disponibles. No disputan sobre el estatuto científico de la historia, si bien el conde menciona con más frecuencia la palabra ciencia; es entre, las ciencias morales donde se ubica la historia. En el fondo del debate está la necesidad expresa de formar hombres de Estado y el imperativo implícito de ubicarlos, de hacerlos pertenecer a la moderna civilización. Aun en la inestabilidad de ese año de 1844, con un Estado que propiamente no se ha consolidado, la historiografía, la enseñanza de la

<sup>61</sup> José María Lacunza, "Historia", El Ateneo Mexicano, t. I, México, 1844, Imprenta de Vicente G. Torres, p. 25-27. En Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., p. 126-127. Más sobre el concepto amplísimo de ciencia en las páginas 129-133.

<sup>62</sup> "Carta tercera. (Conde de la Cortina)", en Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., p. 119.

historia se anticipa y propone una historia secularizada, más basada en los clásicos antiguos que en los santos padres, que tiende sobre todo a fortalecer la idea de la nación. En siglos anteriores las lealtades estaban fragmentadas en las corporaciones, en el XIX se pide la lealtad suprema al Estado, a la “patria” que el romanticismo colmará de los más sublimes contenidos. Y viene a propósito el dicho de fray Jacinto Segura quien desde su siglo XVII recomienda: “Las leyes de la historia (dize don Juan de Ferreras) son referir sin pasión lo próspero y lo adverso, sin dexarse cegar del amor a la patria”.<sup>63</sup> En nuestro siglo XIX será precisamente el patriotismo, entendido de diversos modos, el que dará lugar a encontradas historias del país; pero todas coinciden en el gran objetivo de erigir un Estado moderno y los escritores de diferentes colores políticos se apresuran a publicar libros de texto para los escolares para propagar la buena nueva. En el Antiguo Régimen la historia, un arte mayor, ciencia difícilísima, estaba reservada a los adultos. El siglo XIX, en cambio, inaugura la preocupación por inocular las mentes infantiles con tales o cuales imperativos políticos, que cada vez serán más uniformes hasta llegar en nuestros días al libro de texto obligatorio y, en segundo término, gratuito.

Manuel Larráinzar (1809-1884), Algunas ideas sobre la historia...<sup>64</sup>

Los textos de fina composición, como éste de Larráinzar, son imposibles de asumir pues el conjunto transmite un registro estético que sólo puede trasladarse citando el texto en su totalidad. Se trata sin duda de una pieza de gran brillo que reúne todas las habilidades literarias de la época con una reflexión madura y concienzuda sobre las cosas

---

<sup>63</sup> M. R. P. Fray Jacinto Segura, Norte crítico con las reglas más ciertas para la discreción en la historia, y un tratado preliminar para instrucción de históricos principiantes, Valencia, Imprenta de Joseph García, 1733, p. 401.

<sup>64</sup> Manuel Larráinzar, Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independendencia, en 1821, hasta nuestros días (1865). Incluido en la antología de don Juan A. Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., p. 142-255.

del país; sin embargo Larráinzar no fue, como tantos otros, polígrafo pues su única manía fue la historia.

Nativo de San Cristóbal de las Casas, llamarle “coleto” implicaría colgarle un mar de injusticias inmerecidas (pues los “coletos” no escriben, como lo hizo Larráinzar, la Biografía de fray Bartolomé de las Casas, 1837). Estudió en su ciudad natal y luego en San Ildefonso de México. Fue abogado desde 1832, magistrado del Supremo Tribunal de Chiapas, diputado al Congreso nacional, senador en 1845. También representó a México como embajador ante los Estados Unidos (1852) y posteriormente ante Italia, de donde regresó en 1857; poco después fue ministro de Justicia del presidente Miramón. Contribuyó de manera importante a la incorporación del Soconusco a México y al respecto escribió una Noticia histórica (1843). Su obra de mayor aliento son sus Estudios sobre la historia de América, sus ruinas y sus antigüedades, comparadas con lo más notable que se conoce de otro continente, en los tiempos más remotos, y sobre el origen de sus habitantes; consta de seis volúmenes y duró su publicación tres años (1875-1878).

Hagamos un resumen rápido del lugar social de Larráinzar, blanco en tierra de indios. Se educa en la capital y regresa a su lugar, pero pronto ingresa a la política nacional: diputado, senador, embajador. Historiador en puridad sin inclinaciones literarias fuera de las anexas a la composición histórica. Intereses locales, nacionales y universales: las Casas antigüedades americanas y del viejo mundo, México “contemporáneo”. Hombre ilustrado y aun sapientísimo, “no ignora nada de lo esencial” -dice Ortega y Medina.<sup>65</sup> El referente de su obra son los clásicos antiguos y modernos de Europa. Colabora en la Academia Imperid de Ciencias y Literatura del segundo imperio; esto lo marca políticamente, pero la calidad

---

<sup>65</sup> Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., P. 140.

de su obra permite ubicarla como la valiosa aportación de un compatriota, más allá de los partidos, como sucede con Alamán; es otra manera de ser mexicano y no ilegítima. Sin embargo un dato que no debe olvidarse es que brindó su apoyo a una intervención extranjera, la francesa, y a un emperador austriaco llamado Maximiliano. Es digno de mención que son los conservadores, los integrantes del llamado “partido del retroceso”, quienes aparecen en la vanguardia del estudio la historia.

El texto que produce Larráinzar obedece a que, habiendo sido nombrado miembro de una comisión encargada de preparar un programa para escribir la historia patria, cumplió la encomienda de manera cabal, tanto así que el maestro Ortega y Medina considera su texto un antecedente directo del México a través de los siglos, con la misma estructura dividida en tres grandes épocas: la prehispánica, la colonial y la independiente y sólo le faltará a Larrainzar, de lo principal, señalar un componente fundamental del México... que, como veremos más adelante aportará Vigil, nos referimos por supuesto al concepto estratégico del mestizaje.

El texto de Larráinzar es una pieza historiográfica fuera de serie y no hay resumen posible que le haga justicia; cómo resumir, por ejemplo, las siguientes palabras que escribe en medio de la guerra de Intervención:

Al presentarnos el cuadro de las guerras con todos sus horrores, nos hace detestar la ambición y las malas pasiones de que se originan, odiar la tiranía, y aborrecer las usurpaciones que huellan los derechos de la humanidad, y despojan al hombre de su dignidad, y de cuanto hace amable la vida social; conocemos por ella el valor de la paz, y la amamos con delirio; porque a su sombra todo florece, se multiplican y desarrollan los elementos de prosperidad, se goza de los encantos de la vida; crece la grandeza de las naciones, se aumenta su poder, las ciencias derraman su influencia bienhechora, disipando las tinieblas de la ignorancia.

destruyendo el error, y rompiendo el yugo de las preocupaciones; triunfante la verdad, honrada la virtud, respetado el saber, y enaltecidas las acciones grandes y generosas, llegan los pueblos a ser inmortales y a la cúspide de su esplendor y prosperidad.<sup>66</sup>

La historia de los varones ilustres, ejemplos de sabiduría, heroísmo y abnegación. es importante para Larráinzar, pero no debe verse aquí un gesto “imperial”, pues los republicanos compartían esta idea. Nos anima para perseverar en esta tesis que el ilustre chiapaneco cite a Salustio: “de todos los trabajos del ingenio, ninguno trae mayor fruto que la memoria de las cosas pasadas” (Guerra de Yugurt , p. 3).<sup>67</sup> Pero no podremos ni mencionar siquiera a todos los autores clásicos que trae en su abono, una auténtica legión.

Larráinzar quiere, a la manera de Lamartine, una historia que haga visible a providencia en la remuneración y en la expiación infalible del bien y del mal, lo cual se puede lograr cuando está escrita por un espíritu recto y religioso.<sup>68</sup> Y señala que el historiador “necesita una instrucción copiosa, sólida y variada; un conocimiento profundo del corazón humano, una crítica ilustrada, y sobre todo un fondo de integridad y buena fe, que haga preferir la verdad a cualquier otra consideración”.<sup>69</sup> Conocer el corazón humano hoy nos suena más a literatura que a otra cosa y no debe extrañarnos leer esto en un autor que sólo escribió historia y nada de literatura si bien, conforme a los conceptos de la época en la medida que escribía historia estaba escribiendo literatura; así lo confirma el hecho de que antes de él Luis de la Rosa haya expresado la misma idea:

Sin filosofía, es decir, sin el conocimiento del corazón humano, sin el estudio de sus instintos y pasiones, la historia es una relación cansada y fastidiosa, que no tiene interés alguno, porque el lector no sabe qué moralidad pueda sacar de los hechos que tan áridamente se refieren.<sup>70</sup>

---

<sup>66</sup> Ibid., p. 145.

<sup>67</sup> Ibid., p. 150.

<sup>68</sup> Ibid.

<sup>69</sup> Ibid. Subrayado nuestro.

<sup>70</sup> De la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, loc. Cit., p. 209-210. Subrayado nuestro.

En cuanto a la moralidad de la historia Larráinzar sigue a Chateaubriand al oponerse a la historia fatalista “que consiste en sustituir la historia de la especie a la del individuo, y permanecer impasible así delante del vicio y de la virtud, como de las catástrofes más trágicas: el autor [Chateaubriand] combate este sistema que separa la moral de la acción humana...”<sup>71</sup> Añade que si se observan las reglas:

la historia será entonces como observa Mr. Rollin, una escuela de moral para todos los hombres; porque ella describe los vicios, quita la máscara a las falsas virtudes, destruye los errores y las preocupaciones populares; disipa el prestigio encantador de las riquezas y de todo su vano esplendor, que deslumbra a los hombres, y demuestra con mil ejemplos más persuasivos que todos los razonamientos, que nada hay grande y loable, sino el honor y la probidad.<sup>72</sup>

Quisiéramos aquí hacer un paralelismo entre Larráinzar y nuestros contemporáneos, para mostrar que la veta ética no se ha perdido del todo en nuestro oficio. Dice Álvaro Matute:

¿Cuál es el papel que toca desempeñar al historiador de la política? Frente a mi total descreimiento en una ciencia política sobre el pasado o, lo que es lo mismo, mi convicción de que la pretensión científica es un encubrimiento ideológico, al historiador le toca ejercer una función crítica desde un punto de vista moral. Ciertamente me inhibe utilizar esta palabra por lo que puede evocar de moralina o mojigatería, pero corro el riesgo porque hay que insistir en ello. Desde principios del siglo XVI, Maquiavelo enseñó que política y ética no corren por los mismos caminos, y precisamente, por eso, el único recurso frente a la política real es oponerle valores. ¿Cómo? No mediante un sermón [aquí Matute coincide con Quesnay], lo cual no es papel del historiador, ya que los hechos ya pasaron y, como escribió O’Gorman hace cincuenta años, “la misión del historiador consiste en explicar a los muertos, no en regañarlos, entre otras cosas porque no hay empeño más vano”. El historiador no debe hacer otra cosa sino lo hecho por todos los grandes historiadores desde hace dos mil quinientos años: narrar los acontecimientos, exponiéndolos con rigor y autenticidad. La narrativa es el arma perfecta... Es preciso resaltar, con ironía, los contrastes políticos entre lo que se decía hacer y lo que realmente se hacía [aquí Matute

<sup>71</sup> Larráinzar, “Algunas ideas sobre la historia...”, *loc. Cit.*, P. 152.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 159.

coincide con Ranke]. Con ello, y sin nada que parezca sermón. sería posible restaurar una moral de la historia.<sup>73</sup>

Al parecer, el texto que comentamos de Larráinzar, y que tanto debió influir en el México a través de los siglos, no tiene sólo un interés arqueológico, erudito, sino que sigue siendo -para quien leyera- un elemento vivo y actuante de nuestra cultura. Aun más, cierta sospecha que tenemos de que la lectura política y militar de nuestro siglo XIX ofrece una visión incompleta, donde abundan los datos pero no el sentido, parece confirmarla este colaborador del Imperio:

Mas como [la historia] debe abrazar todos los elementos de civilización, no ha de limitarse a presentar sólo la serie de revoluciones que han sucedido en nuestro país, los cambios que se han efectuado, las guerras que ha habido, las batallas que se han librado y los males que se hayan seguido; sino penetrar en horizontes más extensos, poniendo a la vista el cuadro que la nación ha presentado en todos sus cambios y sucesos, su encadenamiento y correlación, y la influencia que hayan tenido en su vida moral y material, manifestando las leyes que se hubiesen promulgado, las alteraciones que sucesivamente se hayan efectuado en sus habitantes, y en sus usos y costumbres; la marcha que entre nosotros han seguido las ciencias, las artes, la agricultura, industria y minería, el comercio e instituciones de cambio.<sup>74</sup>

De lo mucho que podemos recuperar de Larráinzar, tendríamos que separar las desviaciones propias de su época. Pero con todo queda bien parado el historiador pues su vasta erudición le ha ganado un lugar preeminente en nuestra historiografía. Baste decir que en un par de páginas cita a: Cicerón, Fenelón, Plutarco, Tácito, Tucídides, Polibio, Tito Livio, Séneca, Acurcio, Ammiano Marcelino, Lucas de Holstein, Baronio, Perizonio, Calístenes, Suetonio, Asinio Pollión, César, Quinto Curcio, La-Harpe, Arriano, Plinio y Quintiliano.

<sup>73</sup> Alvaro Matute, "La historia como ideología", en Históricas, núm. 49, mayo-agosto de 1997, p. 16-17.

<sup>74</sup> Larráinzar, "Algunas ideas sobre la historia...". loc. Cit., p, 196.

Después Larráinzar dedica muchas páginas a comentar con cierta amplitud los principales historiadores que se han ocupado de México, para llegar a la conclusión de que hace falta una historia general de México, los agrupa por épocas:

Primera época. Escritores sobre el mundo prehispánico: José de Acosta, Bernardino de Sahagún, Juan de Torquemada, Javier Clavigero (nativo de Veracruz), Antonio de Herrera y Tordesillas, Lorenzo Boturini Benaduci, Mariano Veytia y Alejandro de Humboldt.

Segunda época. Conquista: Francisco Antonio Lorenzana, Francisco López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdós, Antonio de Solís, William Robertson y William Prescott.

Tercera época. Colonia: Andrés Cavo, Francisco Javier Alegre, Carlos María de Bustamante (señala el dato de que sus obras ocupan 19,142 páginas y se calcula su costo en 40 ó 50 mil pesos; algún mercado debió tener), Pablo de Mendivil, Lorenzo Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán.

El mayor defecto que se le puede señalar a Larráinzar, pero más que un defecto es un desaguisado de la fortuna fue su preferencia política, la forma de patriotismo que eligió. Sí, porque él quiere escribir una historia general que culmine “el 12 de julio de este año de 1864, en que hizo su entrada a la capital el emperador de México Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, y continuar así refiriendo lo que vaya sucediendo.”<sup>75</sup> Y una historia, como todo relato, necesita un principio, un desarrollo y un final; si no se conoce el final es mucho más difícil escribir el relato, por eso los historiadores trabajan siempre a posteriori.

El portentoso ensayo de Larráinzar termina con un plan para escribir su historia, en el cual se marcan doce etapas distintas para el siglo XIX, y se marcan en cada una de ellas los principales acontecimientos; al final incluye una bibliografía que puede servir para empezar: 273 obras.

---

<sup>75</sup> Ibid. supra.

La erudición de Larráinzar es avasalladora y genuina, su patriotismo incuestionable: un colete ilustrado. Su altísimo nivel intelectual debió ser parangón y punto de atracción para otros escritores. Un texto como este no sale de la nada, está el antecedente de la polémica Lacunza-Conde de la Cortina, pero no cabe duda de que para estas fechas sea por las mejoras iniciadas en los Institutos Científicos y Literarios de los estados y el Colegio de San Gregorio de México, sea por los esfuerzos de los particulares que viajaban y leían y estaban al tanto de todo, sea por la influencia creciente de la literatura, de la prensa y del contingente cada vez mayor de libros de historia, el hecho es que la crítica histórica había hecho notables progresos.

José María Vigil (1829-1909). Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria (1878)<sup>76</sup>

Lo mismo que Larráinzar, Vigil se interesó por Las Casas y editó su beligerante Historia de las Indias, y también era del interior pues nació en Guadalajara en 1829, tres años antes que Riva. Hizo los estudios que conducían a convertirlo en abogado, pero reventó -tal vez- por una gran causa: la literatura. Mencionan sus biógrafos que escribió un drama titulado La hija del carpintero, que a nosotros nos llamó la atención pues Riva tiene otra obra dramática titulada La hija del cantero, siendo la primera posiblemente anterior. El mérito de ambos es poner en escena personajes humildes, en un teatro que estaba reservado a las clases altas, a la gente de calibre; la coincidencia es feliz pues muestra que tanto en Guadalajara como en México la literatura estaba en ebullición y los jóvenes practicaban la literatura con entusiasmo. Vigil fue profesor de latinidad y filosofía en el Liceo de Jalisco y luego pasó a México para ser diputado en el II Congreso Constitucional (1861) en el que

---

<sup>76</sup> José María Vigil, “Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria”, en Ortega y Medina, Polémicas y ensayos mexicanos..., loc. Cit., p. 265-278.

y Altamirano estrenaron su oratoria jacobina. Se ganó la vida como diputado en varios períodos y, a partir de 1880, se convirtió en el director perpetuo de la Biblioteca Nacional. Fue autor de varias obras históricas y de una Antología de poetisas mexicanas.

El ensayo de Vigil se publicó a mediados de 1878, en cinco partes, en el periódico El Sistema Postal; fue rescatado del limbo de la hemeroteca por doña Clementina Díaz y de Ovando, según indica cortésmente don Juan Ortega y Medina en su multicitada antología.

El texto de Vigil sorprende cuando este maestro de latinidad critica la educación clásica, pero respiramos cuando aclara que rechaza una educación exclusivamente clásica, que ignore la propia cultura: “desearíamos ardientemente que nuestra educación literaria y científica formara un carácter acendrado y profundo de mexicanismo... que el idioma nahoa figurase al lado de las lenguas sabias”.<sup>77</sup> Reconoce el sabio tapatío el carácter cosmopolita de la moderna civilización, pero señala la necesidad de que los pueblos mantengan una fisionomía propia, una personalidad. Este nacionalismo de la primera y de esta segunda generación de los románticos se mirará de diverso modo según la época; los modernistas lo detestaban, pero en el siglo XX, digamos en los tiempos del general Ávila Camacho, les parecía la gran cosa. La tendencia actual a la globalización mantiene a la baja el nacionalismo. Del nacionalismo vociferante o, peor aun, violento, no hace falta una censura más; y en su versión pacífica no es otra cosa que contarle las lentejuelas a la china poblana. Pero el nacionalismo de Riva y Vigil fue preciso para que, en primer lugar, existiera el Estado-nación. Para nosotros la nación es algo dado, un hecho o un ente geográfico y

---

<sup>77</sup> Ibid., p. 267.

político; ellos conocieron la dominación extranjera, la resistieron y la derrotaron, por eso su tono épico nos suena exagerado,

En cierto sentido la supervivencia de la nación mexicana en el siglo XIX fue más que nada un acto de fe. El triunfo del 5 de mayo nos resulta inexplicable por razones económicas, políticas o militares. Con muy buen sentido, el general López Uruga -quien debía enfrentar a los franceses- le explicó a Juárez que era imposible hacer frente a los invasores, por la superioridad de armamento y disciplina. Juárez, por supuesto, le quitó el mando y se lo dio a un texano llamado Zaragoza. Este se atrincheró en Puebla y sólo pidió a sus soldados que si no se lograba la victoria, que cuando menos vendieran caras sus vidas. Un poco de fe. Y el triunfo resultó tan increíble que Porfirio Díaz escribirá en sus memorias que, por la noche, se paseaba por el campamento para convencerse de que era una realidad y no una “ficción”, ésa es la palabra que usa. Y todo esto viene a cuento porque Vigil, ante que Samuel Ramos y Octavio Paz, pone mucho énfasis en el sentimiento de inferioridad del mexicano, que él atribuye a la derrota sufrida por la raza indígena en la conquista, pero luego -señala- este sentimiento se apoderó también de los criollos. Este “desprecio propio” del que habla Vigil parece ser el opuesto del ideal del patriotismo, porque no se trata sólo de un desprecio personal, psicológico, sino de un atavismo social y sociológico. Y el origen de todo -dirá Vigil- es que los mexicanos no han logrado conciliar sus dos principales raíces históricas: la indígena y la española:

Un sentimiento de odio al sistema colonial nos hizo envolver en un común anatema todo lo que procedía de aquella época, sin reflexionar que sean cuales fueren las ideas que sobre ello se tengan, allí están los gérmenes de nuestras costumbres y de nuestros hábitos, y que su estudio, en consecuencia, es indispensable para el que quiere comprender los problemas de actualidad. Un sentimiento de otra naturaleza, un sentimiento de desprecio legado por los conquistadores hacia las razas

vencidas nos ha hecho ver con supremo desdén todo lo relativo a las civilizaciones preexistentes en el Nuevo Mundo a la llegada de los castellanos, sin tener en cuenta que para explicar la condición de esas razas, para penetrar en su carácter y resolver su porvenir, es preciso ir más allá del período colonial, estudiar esa barbarie, que por más que se afecte despreciar, vive y persiste entre nosotros, constituyendo el obstáculo más formidable para el establecimiento de la paz y del desarrollo de los elementos benéficos.<sup>78</sup>

Y un poco más adelante dice algo de enorme importancia: “los pueblos no se constituyen a priori; los pueblos no pueden prescindir de su pasado.”<sup>79</sup> Es decir que no se formó primero el pueblo francés y vino luego Michelet a contar su historia, sino que primero es la literatura (entiéndase la historiografía) y luego el pueblo; Homero hizo a Troya y no al revés, porque Troya es algo más que los poco conspicuos muros que quedan hoy pie.

Retornemos el conflicto de nuestros orígenes antes señalado por Vigil y expresado una escuela histórica mexicana y otra española, que quieren cada una, prescindiendo de otra, dar validez a una sola de nuestras raíces. En este punto Vigil dice algo difícil de aquilatar, porque a lo largo de cien años lo hemos asimilado. Vigil halla una respuesta salomónica: “no es posible que ningún ser humano, individual o colectivo, pueda vivir largo tiempo de puras negaciones”.<sup>80</sup> Unos rechazan lo español, otros lo indígena, pues Vigil a su vez rechaza ambas posturas y dice: los mexicanos somos mestizos. Riva retomará idea en el México a través de los siglos y ésta es seguramente una de las claves de su éxito: no niega este pasado ni aquel, afirma ambos, es positivo, constructivo, integra a un pueblo. Más allá de la disputa historiográfica que el México... supera, por encima de las

---

<sup>78</sup> Ibid., p. 268.

<sup>79</sup> Ibid., p. 269.

<sup>80</sup> Ibid., p. 275.

discusiones de los eruditos y los anticuarios, Riva y Vigil coinciden en ofrecer una salida a un grave problema ontológico; antes no se podía superar una negación: no éramos ni indios ni españoles; ahora somos, porque así lo afirmamos, mestizos, una raza nueva dirá Riva, es decir no la suma, sino el producto, algo más, diferente y nuevo, de los antecedentes históricos. Esta línea de pensamiento nos parece un logro importante.

Ciertamente Vigil y Riva no son los únicos que manejaban este orden de ideas; probablemente tampoco sean los primeros. En todo caso la originalidad, queremos decir la absoluta originalidad, es rarísima. Cuando pensamos en tal o cual enfoque de la historiografía, el primer dato que constatamos es que varios autores ya están pensando de ese modo; somos seres sociales de cabo a rabo y tal vez el cultivo de una personalidad consiste en someterse sin trabas al dictado de nuestro medio. Además todo, hasta los antecedentes, tiene sus antecedentes: siempre topamos en los griegos como los grandes fundadores, pero ellos a su vez saquearon la sabiduría del Medio Oriente desde tiempos cretenses, y así es como hemos terminado por creer que la Creación misma es un plagio.

Vigil escribe su texto durante el primer gobierno de Porfirio Díaz, once años después del triunfo de la República, es decir que la nave del Estado no andaba al garette, como en otros tiempos, ni tampoco todo iba viento en popa, pero bien se podía decir: la nave va. Por ello si parece que Vigil exagera un poquito la nota del sentimiento de inferioridad del mexicano y el conflicto de nuestros orígenes es por una buena razón: e quiere ser el Homero que cante la gesta del México independiente. Y para ello apela a su más esmerada retórica y casi a la amenaza:

la historia, como lo han dicho varios filósofos, es la gran maestra de los pueblos, y sólo ella puede darnos la preparación del porvenir. Si la lúgubre tradición de Quetzalcóatl parece que se cierne todavía sobre

nuestro horizonte, pidamos resueltamente a la historia la fórmula para conjurar el siniestro fantasma, y estemos persuadidos que el resultado no se hará aguardar, haciendo renacer la fe en nuestros propios destinos, savia vivificadora sin la cual se paralizan y sucumben los pueblos mejor constituidos.<sup>81</sup>

Y claro, acto seguido, Vigil pide la ayuda del Estado para que se escriba una historia de México que siga los lineamientos planteados en su ensayo. Si Vigil fue o no escuchado lo ignoramos, pero la historia sí se escribió pocos años después y se llamó México a través de los siglos. Vigil aportó a ella no sólo las ideas del ensayo que hemos comentado sino que escribió el tomo V de la obra. Su interés por los aspectos teóricos y metodológicos de la historia sin duda fue aprovechado por Riva, quien debió hallar en Vigil un interlocutor estupendo.



---

<sup>81</sup> Ibid., p. 275.